

CRONICA ARQUEOLOGICA DE LA ESPAÑA MUSULMANA

XXVII

LOS CONTORNOS DE LAS CIUDADES HISPANOMUSULMANAS

LA descripción de las ciudades hispanomusulmanas quedaría incompleta si no intentásemos decir cómo eran sus contornos, el escenario en que se levantaban, en íntima relación siempre con la forma de vida de sus pobladores.

A la evocación de la zona extramuros de nuestras urbes islámicas precederá la de las mismas después de la conquista cristiana, singularmente desde el siglo XVI hasta bien entrado el XIX. El contraste entre sus alrededores en el transcurso de ambas civilizaciones puede contribuir a la adquisición de una idea cabal de las cercanías de las medievales musulmanas. Ayudado por viejos textos, trataré de evocar paisajes históricos, empresa arriesgada, pues permanece sensiblemente igual a través de algunos siglos el relieve del suelo, pero ¡cuántas y cuán profundas modificaciones no han experimentado los caminos que lo atraviesan, la vegetación que en él hunde sus raíces y las construcciones a las que sirve de asiento!

Ciudades extravertidas y ciudades introvertidas.

El vecino de una ciudad puede tener una de estas dos opuestas actitudes en relación con sus alrededores: vivirá ajeno a ellos, volcando íntegramente su existencia en el interior de la misma, o traspasará con más o menos frecuencia sus límites urbanos para gozar de la naturaleza que la rodea y de horizontes dilatados. Una y otra actitud suelen ser colectivas en épocas y pueblos determinados, sin que las afecte considerablemente la aridez o fecundidad del paisaje circundante. La vida dentro y la vida fuera de la ciudad han sido en algunas ocasiones vidas completamente aparte.

Los poetas andaluces, ha escrito Henri Pérès, no amaron ciudades sin campiña; su fuente principal de inspiración fueron las almunias cruzadas por ríos o acequias que rodeaban las ciudades. Las descripciones poéticas de jardines, género llamado *rawdiiyyāt*, abundan extraordinariamente en la literatura hispanomusulmana; se creería, a juzgar por ellas, que Andalucía y España entera eran un inmenso jardín en el que árboles y flores desplegaban sus colores más seductores y sus más frescas frondas. En el siglo XI, la afición por la naturaleza estaba extendida a todas las clases sociales; la descentralización del poder y el nacimiento de múltiples cortes, impulsó a los que tenían alguna fortuna a construir viviendas suntuosas en medio de jardines abundantes en flores; nunca la España musulmana tuvo tantos parques, paseos y *munyas*. El ideal de todo hispanomusulmán parece que era poseer un trozo de tierra en el que plantar árboles y flores. El visir Ibn Hammāra escribió: «Los caseríos andaluces surgen entre la vegetación como perlas [blancas] medio ocultas entre esmeraldas»¹.

Las páginas siguientes pretenden probar estas afirmaciones. La España musulmana era un país esencialmente agrícola y los habitantes de sus ciudades — tan sólo unos pocos privilegia-

¹ Henri Pérès, *La poésie andalouse en arabe classique au XI^e siècle* (Paris 1937), pp. 16, 121, 157 y 166; Maqqari, *Anallectes*, I, p. 126.

dos disfrutarían de jardines en el interior del recinto murado — sentían la necesidad de alejarse de tiempo en tiempo del apretado núcleo urbano para vivir en sus alrededores, en casas entre huertos y jardines, en contacto íntimo con la naturaleza. Conviene advertir que esos jardines no correspondían a lo que ahora entendemos por tal palabra: mezclados con plantas olorosas y otras de puro ornato, había en ellos verduras y árboles frutales. Los poetas mezclaban también en sus versos, y aludían en sus brillantes metáforas, a la rosa y al clavel, a la berenjena y a la alcachofa.

Los vecinos de la mayoría de las ciudades españolas de los Austrias y Borbones sentían, en cambio, completa indiferencia por sus contornos, abandonados y en franca decadencia desde el siglo XVI. En las de la meseta central, el contraste entre su anterior extravertimiento y su clausura más tarde adquiere características de mayor contraste. Las villas y ciudades andaluzas y levantinas, con vegas y campos fértiles, no perdieron en los siglos últimos su cintura de vegetación tan radicalmente como las castellanas. El clima, más benigno, y la tierra, más pródiga, contribuyeron a mantener en sus inmediaciones caseríos entre huertos y campos de labor, pero nunca con la abundancia, extensión y lozanía que tuvieron en su pasado musulmán; habitabanlos exclusivamente humildes labradores consagrados a su cultivo.

En las páginas siguientes queda bien patente el contraste entre dos ciudades medievales hispánicas representativas de ambos aspectos: Toledo, en la meseta, conservando restos de la frondosidad de sus alrededores hasta el siglo XVII, y Granada, en la Andalucía de ricas vegas regadas por aguas abundantes, la declinación de cuyas cercanías empezó inmediatamente después de su conquista por los Reyes Católicos, como prueban las palabras de Navajero reproducidas más adelante ¹.

¹ La descripción de los contornos de ambas ciudades, Toledo y Granada, a partir del siglo XVI, se incluye a continuación de la de los mismos en la islámica para no interrumpir el relato del proceso cronológico de su transformación. — Una impresión de los contornos de Sevilla en el siglo XVI, bastante frondosos y

Paradójico es el hecho de que cuando en la edad media esas ciudades estaban apretadas por fuerte cinturón de muros y torres, desbordaban fuera de ellos en multitud de casas y huertos, a pesar de la inseguridad de sus contornos; en cambio, cuando la cerca perdió su utilidad y se arruina lentamente, cuando la vida extramuros no ofrecía peligro alguno, las gentes apenas traspasan con fines de recreo y solaz los límites del núcleo urbano.

Desde hace algunos años empezó a cambiar el aspecto de los contornos de las ciudades españolas y a modificarse el enclaustramiento urbano de sus moradores. Hoy se desplazan al campo los días feriados grandes masas humanas y las gentes que cuentan con recursos suficientes para ello construyen casas rodeadas de huertas y jardines en los alrededores de las ciudades, en las que viven temporal o permanentemente. La rapidez y facilidad de los medios de transporte contribuye, sin duda, a la expansión extraurbana, pero no fué la causa que la produjo, cuyo análisis desborda del propósito de estas páginas. El ansia de luz solar y de aire libre, general en la época presente, se manifiesta en los huecos exteriores de las viviendas, cada vez mayores y, también arquitectónicamente, en la tendencia a disponer terrazas en todos los pisos.

poblados, puede verse en la *Historia de Sevilla*, por Alonso de Morgado (Sevilla 1887), lib. seg., cap. 5, pp. 128-129; algunos años después, los describe en parecidos términos encomiásticos Rodrigo Caro en su obra *Antigüedades y principado de la ilustrísima ciudad de Sevilla* (Sevilla 1634), f.^o 64; actas municipales coetáneas dicen que «las barbacanas a muchos lugares tienen los muladares más altos que las almenas» (*Curiosidades antiguas sevillanas*, serie segunda, por José Gestoso y Pérez [Sevilla 1910], p. 71). Las ciudades catalanas, que caen fuera de los límites de estas páginas, por carecer de tradición islámica, parece que fueron siempre extravertidas. Los alrededores de Barcelona, por ejemplo, los describe en 1503 Antonio de Lalaing en los siguientes términos: *Impossible est trouver vallée plus belle* (que el de Barcelona), *car la ville est a l'entour furnie, de III a quatre lieus de long, de gardinages enrichis d'orangers, ornés de dadiers, anoblis de grenadiers, plains de tous arbres et herbes bones et fructueuses et de bledz et de vignobles. En oultre, ce pourpris est décoré de plusieurs maisons de plaisance et de beaults villages, et n'est possible aux passans anoyer (ennuyer) à cause de la bonté et beaulté de ce quartier* (*Voyage de Philippe le Beau en Espagne*, en 1501, par Antoine de Lalaing, señor de Montigny, apud *Collection des voyages des souverains des Pays-Bas*, por M. Gachard, t. I, [Bruselas 1876], p. 256).

*Los contornos de algunas ciudades españolas
desde el siglo XVI al XIX.*

Las fotografías panorámicas de algunas ciudades españolas hechas por Laurent alrededor de 1870, viejas ya de algo más de tres cuartos de siglo, muestran sus contornos inmediatos — las afueras — casi yermos, desprovistos de vegetación, y con pocas construcciones, humildes unas y de carácter industrial las restantes. Esa zona de transición entre la urbe y el campo, áspera y reseca casi siempre, en la que se amontonaban toda clase de residuos no asimilados por la ciudad, desde las gentes miserables vencidas por la vida, hasta las inmundicias que produce una densa aglomeración humana, sin ningún cultivo desinteresado que la hiciera grata, daba principio allí mismo donde terminaban las calles. Nuestros antecesores próximos, poco aficionados a vivir en contacto directo con la naturaleza, en la calma y soledad del campo, no se preocupaban por mejorar su aspecto. Sus escasas apetencias de arboledas y verdor quedaban satisfechas con sentarse de vez en cuando en el banco de algún pobre jardinillo de una plazoleta y pasear bajo unas acacias — el árbol municipal por excelencia del siglo XIX —, raquíticas y polvorientas. El que, sin ser cazador, sentía la necesidad de salir fuera del recinto urbano y habitar en sus alrededores, o de pasear por los campos de labranza o por los montes próximos, era mirado en esa época como un ser estrafalario. Las tardes de los días feriados pasábanlas el pueblo y la mesocracia en la taberna, en el café, en el teatro o paseando por las calles. En Madrid se miraba con hostilidad al Guadarrama; al aire norte procedente de la Sierra culpábasele de no pocas muertes. ¡Magnífica soledad de las tardes de la Moncloa y del Pardo de mi infancia, en las que unos pocos disfrutábamos de los contornos septentrionales de Madrid como de patrimonio propio!

El desprecio por la vida rural, aun por la que puede disfrutarse temporalmente a las puertas de la misma ciudad, no fué sentimiento nacido en la pasada centuria. Cientos de años hace que la nobleza abandonó, dejando arruinar, castillos, palacios y residencias esparcidos por toda España para vivir en las calles

angostas de la Corte, a la sombra del favor real ¹. La tala de los montes, que convirtió en páramos buena parte de nuestro suelo, comenzó también en época remota. Podrían espigarse en los relatos de viajes de españoles por el extranjero abundantes párrafos en los que manifiestan su asombro al ver los alrededores de las ciudades y los campos de otros países cubiertos por jardines y arboledas, entre las que surgían viviendas confortables. Está Francia, dice Cervantes en el *Persiles*, «tan poblada, tan llana y apacible, que a cada paso se hallan casas de placer, adonde los señores dellas están casi todo el año, sin que se les dé algo por estar en las villas ni en las ciudades». Por el contrario, en las referencias de las gentes de fuera que visitaban nuestra Patria, abundan las frases de extrañeza contemplando desiertos y yerros sus campos, aun los inmediatamente próximos a las ciudades más populosas.

Muy conocidas son las palabras del embajador veneciano Andrea Navajero al describir Granada en 1526, cuando residió en esa ciudad, en la que por entonces pasaba su luna de miel Carlos V, recién casado con Isabel de Portugal: «la tierra era más bella que ahora cuando estaba en poder de los moros; al presente se ven muchas casas arruinadas y jardines abandonados, porque los moriscos más bien disminuyen que aumentan; y ellos son los que tienen las tierras labradas y llenas de tanta variedad de árboles; los españoles, lo mismo aquí que en el resto de España, no son muy industriosos y ni cultivan ni siembran de buena voluntad la tierra, sino que van de mejor gana a la guerra o a las Indias para hacer fortuna por este camino más que por cualquier otro» ².

El holandés Brunel señala en 1655 la escasez de árboles, abundancia de polvo y piedras y falta de cultivo que caracterizaban los alrededores de la Corte ³. Reitéralo François Bertaut

¹ Leopoldo Torres Balbás, *De cómo desaparecen los antiguos palacios de la nobleza castellana* (Arquitectura, V, Madrid 1923, pp. 105-109).

² *Viajes por España*, traducidos por don Antonio María Fabié, «Libros de antaño», VIII (Madrid 1879), pp. 296-297.

³ Antoine de Brunel, *Voyage en Espagne* (1655) (*Revue Hispanique*, XXX, Paris 1914, p. 139).

cuatro años después, al escribir que no había «alrededor de Madrid casas de recreo ni jardines, como alrededor de París; por eso está igualmente poblada en todas las estaciones, habitando siempre la gente en ella»¹. A fines del siglo, Mme. d'Aulnoy relata que al llegar a las cercanías de Madrid creyó más bien acercarse a desiertos que a la residencia de un monarca poderoso. Advierte un orgullo tan grande entre sus vecinos «de las delicias y encantos de Madrid, que para no tener pretexto que justificara su abandono en ninguna estación del año, no se han preocupado en levantar lindas casas en el campo a las que retirarse algunas temporadas, por lo que todos los alrededores de la villa, en vez de estar poblados de bellos jardines y de residencias magníficas, como debieran, parecen pequeños desiertos; lo mismo en verano que en invierno, Madrid está igualmente habitado». «No acostumbran en este país — dice contando su visita a la casa y jardines de Zarzuela, en el Pardo, ruinosos entonces — ni el rey ni los particulares, conservar las casas de campo. Las dejan arruinar, por no hacer en ellas pequeñas reparaciones»².

Algunos años más tarde, ya en el siglo XVIII, otro viajero francés afirmaba que los nobles y señores españoles no vivían en «el campo, como en Francia y Alemania, sino en las ciudades»³. Observaciones críticas que Núñez de Castro, coetáneo de los últimos Austrias, justifica donosamente: «las salidas amenas confieso que, si Madrid no se sale de sí mismo, no puede tenerlas gustosas; pero no es defecto, sino perfección..., pues así se aprecian mejor los divertimientos que tiene dentro de sí»⁴.

¹ François Bertaut, *Journal du voyage d'Espagne* (1659) (*Revue Hispanique*, XLVII, 1919, p. 46). La primera edición, sin nombre de autor, del año 1669.

² *La Cour et la ville de Madrid vers la fin du XVII^e siècle*. Relation du voyage d'Espagne par la comtesse d'Aulnoy (Paris 1874), pp. 215 y 505-506.

³ *L'état présent de l'Espagne* (Paris 1715). Su autor, el abate de Voyrac, tenía concluida esta obra en 1710.

⁴ La cita de Núñez de Castro, *Sólo Madrid es Corte* — primera edición de 1658 —, en la obra del mismo título de José Deleito Piñuela (Madrid 1942), pp. 69-70 y 236. Después de referirse a los desnudos y pobres alrededores que circundaban Madrid, Deleito — pp. 69-70 — los describe hacia el siglo XV abundantes «en cursos de agua y en vegetación. Cubríanlos fértiles praderas y huertas,

En el siglo siguiente, bajo el dominio de los Borbones, un anónimo viajero francés afirmaba en 1775 no existir en el interior y en las afueras de Madrid más árboles que los del Buen Retiro, los de las dos avenidas que conducían al santuario de Atocha y los del paseo público del Prado ¹.

En la segunda mitad del siglo XVIII don Antonio Ponz, en su *Viaje de España*, repite una vez más la misma observación: «Tantas y tan suntuosas casas de campo en las cercanías de Londres, y esparcidas por toda Inglaterra, ¿qué son sino las sobras de las riquezas que el comercio e industria, y sobre todo la perfecta agricultura han producido? Lo mismo digo de las de Francia en las proximidades de París, y de todas sus principales ciudades, y aún pudiera extenderse a las de Holanda, y a las bellísimas que hay en Italia, particularmente en los contornos de Roma. En nuestras ciudades (con especialidad en la Corte), apenas se puede volver la vista a estos objetos de recreo, que al mismo tiempo son de tanta pompa, y agradable variedad en las referidas; y esto no tanto se debe atribuir en Madrid a falta de poder, como de gusto en las personas ricas, que tal vez por otra parte deshacen caudales considerables sin que quede rastro de ellos, y si queda suele ser una triste memoria de vana disipación y no de grandeza y magnificencia; sin embargo, vendrá tiempo en que también los contornos de Madrid han de ostentar estos útiles, y, por otra parte, importantes sitios de recreo, y ya en parte se experimenta» ².

montes espesos poblados de árboles, por donde triscaba numerosa caza mayor y menor; robles, encinas, pinos, castaños, nogales, madroños y avellanos, que refrescaban la atmósfera y suavizaban los rigores del Guadarrama... Pero de esa riqueza forestal, y de la consiguiente salubridad de su clima, fué desposeída a partir del siglo XVI, en que, para instalar la Corte, ensanchar la población y construir viviendas, dependencias y enormes casas nobiliarias de recreo, fueron talados los montes y abandonados los campos, con lo cual, un siglo después, las cercanías de Madrid, en su mayor parte, eran sitios desolados y yermos». El contraste parece un tanto exagerado; el estudio de los contornos de Madrid en la Edad Media está por hacer.

¹ *Etat politique, historique & moral du royaume d'Espagne l'an MDCCCLXV (Revue Hispanique, t. XXX, París 1914, pp. 408-409).*

² *Viaje de España*, por don Antonio Ponz, XIV (Madrid 1788), carta primera, §§ 20, 21 y 22.

Don Antonio Ponz, obrero infatigable del resurgimiento español, uno de los más entusiastas propagandistas — con Jovellanos — de la repoblación de nuestro suelo, tanto en los campos como junto a los núcleos urbanos, escribía ser indudable «que los árboles y la frondosidad en las cercanías de las ciudades doblan su majestad y contribuyen a que parezcan otro tanto desde alguna distancia». Quería «ver toda España transformada en una especie de jardín, que atrajese a todas las personas de gusto que el mundo tiene»¹.

Por los mismos años, el inglés Guillermo Bowles (m. en Madrid en 1780), observaba con melancolía lo despoblados de árboles que estaban los alrededores de Madrid. Los labradores castellanos no querían plantarlos, pues afirmaban — creencia que ha llegado hasta nuestros días y no sólo en Castilla — que la sombra aumentaba el tallo a costa del grano, y que éste valía más que la paja. Además los árboles, según ellos, atraían y multiplicaban prodigiosamente los pájaros, al proporcionarles cómodo lugar para sus nidos, favoreciendo así la multiplicación de la perjudicial plaga de los gorriones².

Con exactas palabras ha descrito don Miguel de Unamuno la secular aridez de los contornos de las ciudades de las regiones centrales de España, surgiendo violentamente en lugares yermos, claustradas en sus recintos urbanos, sin zona de transición entre éstos y el campo que las rodea: «la población se presenta, por lo general, en el campo castellano recogida en lugares, villas o ciudades, en grupos de apiñadas viviendas, distanciados de largo en largo por extensas y peladas soledades. El caserío de los pueblos es compacto y recortadamente demarcado, sin que vaya perdiéndose y difuminándose en la llanura con casas aisladas que le rodean, sin matices de población intermedia, como si las viviendas se apretaran en derredor de la iglesia para prestarse calor

¹ *Viaje de España*, I, tercera edic. (Madrid 1787), p. 24, y XV (Madrid 1788), p. x.

² G. Bowles, *Introducción a la Historia Natural y a la Geografía Física de España*, p. 530; la primera edición española es de 1775. (Cita de Jean Sarrailh, *La routine rurale en Espagne a la fin du XVIII^e siècle*, apud *Bull. Hispanique*, L, Burdeos 1948, pp. 62-63.)

y defenderse del rigor de la naturaleza, como si las familias buscaran una segunda capa, en cuyo ambiente aislarse de la crueldad del clima y la tristeza del paisaje» ¹.

Los contornos de las ciudades hispanomusulmanas.

Afirma Burckhardt en uno de sus más célebres libros — *La cultura del Renacimiento en Italia* — que los italianos fueron los primeros entre los hombres de la edad moderna en ver el paisaje como un objeto más o menos bello y que encontraron un placer en contemplarlo; en el norte de Europa, en la edad media — escribió — no vivían en el campo más que los nobles en sus castillos y los miembros de algunas órdenes religiosas en sus monasterios; los burgueses, aun los más ricos, residían todo el año, sin excepción, en la ciudad. En Italia, en cambio, y por lo que toca al menos a los alrededores de ciertas ciudades, la seguridad política y el orden público eran mayores y, además, la afición al campo tan grande, que las gentes preferían correr los riesgos consiguientes en caso de guerra. Así nació la *villa* o casa de campo ².

Ignoraba Burckhardt la civilización hispanomusulmana, por lo que atribuyó a la Italia medieval el renacimiento del amor a la naturaleza y a la vida campestre, tan intensos siglos antes en el Imperio romano. En época más remota que en la Península vecina, la prosperidad material y la cultura del espíritu llegaron a un desarrollo suficiente en la España islámica para que brotasen de nuevo esos sentimientos. Las *villas* construídas por los florentinos en la primera mitad del siglo XIV en los alrededores de su ciudad, más hermosas que las casas urbanas, levantáronse siglos después de las espléndidas almunias y palacios que rodeaban a Córdoba, a Valencia y a otras poblaciones españolas.

Muy distinto era el panorama de sus contornos que el que

¹ Miguel de Unamuno, *En torno al casticismo* (Buenos Aires 1943), p. 58.

² Jacob Burckhardt, *La cultura del renacimiento en Italia*, trad. de José Antonio Rubio (Madrid 1941), pp. 185 y 252.

ofrecieron en época moderna, bosquejado en páginas anteriores con ayuda de testimonios nacionales y extranjeros. Casas de campo — almunias y alquerías —, torres y palacios, medio ocultos entre huertos, jardines y arboledas, formaban una cintura, verde de vegetación y blanca por el enjalbegado de los edificios, alrededor de las ciudades. Monarcas y grandes señores daban ejemplo construyendo residencias extramuros para vivir, rodeados de árboles y flores, lejos de la agitación urbana y más seguros. Todos los reyezuelos de taifas del siglo XI tuvieron palacios campestres cerca de su corte, siguiendo el ejemplo de los príncipes cordobeses, y la muchedumbre de poetas asalariados que vivían a su alrededor cantaron con frecuencia las horas deliciosas pasadas en esos lugares y describieron las arboledas, flores y aguas corrientes que los embellecían.

Los pobladores de las ciudades hispanomusulmanas acostumbraban pasar temporadas en esas casas de campo de sus alrededores, entre huertos y jardines, lo mismo los monarcas, grandes señores, que las gentes de más modesta condición. Tenían en ellas sus añazeas, fiestas o jolgorios que escandalizaban a los puritanos castellanos ¹. Los moros de Granada, Murcia y Jaén — y probablemente los de otras regiones andaluzas — celebraban también en el campo la pascua de los «alaceres» o «alerces»

¹ «Añacea: fiesta, regocijo, diversión» (Real Academia Española, *Dic. de la leng. esp.*, décima quinta ed., Madrid 1925; «Añazeas: Dixéronse assí porque se hazen cada año y se empieçan en día señalado» (Sebastián de Covarrubias, *Tesoro de la Lengua Cast. o Esp.*, Barcelona 1943; «Anazea: cosa de placer» (*Petri Hispani, De lingua arabica libri duo*, Pauli de Lagarde, Gotinga 1883, p. 102); «Alfonso (VIII)... cortóles (a los moros) las huertas et los logares de sus annazeas o fazién sus deleytes et tomauan sus solazes»; «Abenarrami, conuido l vn día a comer et a sus annazehas de solaz et de amizdat que fazen los moros, las que al deleyte de aquella yente vsa mucho et las onrran mucho». (*Primera Crónica General*, edic. de R. Menéndez Pidal, I, Texto, Madrid 1906, cap. 734, p. 430, cap. 999, pp. 678-679 y cap. 1.037, pp. 721-722). «Exizuela (Cijuela hoy), donde estaua el alcázar del rrey (de Granada) que era la mejor y más rrica casa que él tenía después del Alfánbra, do faziá sus anaçeas» (*Crónica del balconero de Juan II*, edic. y est. por Juan de Mata Carriazo, Madrid 1946, p. 99). Véase también *Los arabismos del español en el siglo XIII*, por Eero K. Neuvonen, Helsinki 1941, p. 235.

(del árabe *‘asīr*, vendimia, otoñada, tiempo en que se hace la recolección de los frutos) ¹ en el mes de septiembre, durante la cual, dejando las casas de la ciudad en que habitaban la mayor parte del año, iban a las situadas entre viñas en sus contornos, y en ellas hacían la pasa, distraídos con bailes y zambras para los que se vestían con vistosos trajes y ricos aderezos; a los hijos engendrados en dichos lugares los conceptuaban dichosos y bienaventurados ². En los alrededores de Granada eran los cármenes de Ainadamar los preferidos para la celebración del *‘asīr* u otoñada ³.

Sin embargo, la vida fuera de las murallas tenía siempre carácter precario, unas veces por las luchas entre los mismos musulmanes, causa frecuente de saqueo y destrucción de las fincas extramuros; otras, por las correrías de los ejércitos cristianos, que cortaban y quemaban los panes — es decir, los sembrados de cereales — y las arboledas e incendiaban las alquerías y los cortijos no protegidos por torres y sólidas cercas. La vega de Gra-

¹ *Supplément aux Dictionnaires arabes*, por R. Dozy, t. II, seg. edic. (Leiden, París 1927), p. 134; «otoñada así: *‘adīr*» (Lagarde, *De lingua arabica*, p. 332). Mármol se equivoca, sin duda, y confunde las estaciones, pues escribe que «en tiempo que la ciudad (de Granada) era de Moros, iban a tener los tres meses del año, que ellos llaman la Azir, que quiere decir la primavera...» (*Historia del rebelión y castigo de los moriscos del reyno de Granada*, por Luis del Mármol Carvajal, seg. impr., I, Madrid, 1797, cap. X, pp. 34-35).

² Pedro Longás, *Vida religiosa de los moriscos* (Madrid, 1915), p. L. El autor dice ser esta costumbre de los moriscos de Granada, Murcia y Jaén; es indudable su procedencia de la época anterior a la conquista cristiana.

³ En Granada y en algunos lugares de Andalucía la costumbre islámica perduró por lo menos hasta mediados del siglo pasado. En la primera mitad del XVII, escribía conceptuosamente Henríquez de Jorquera que en las muchísimas casas de recreación y quintas de la vega de Granada, «en el temprano octubre se halla la bizarría de las granadinas celebrando la vendimia con primorosas y costosas galas, ofreciendo a tanta belleza en opimos racimos el dulce licor de la más estimada planta» (Francisco Henríquez de Jorquera, *Anales de Granada*, edic. Marín Ocete [Granada 1934], p. 36). «En el término de Colmenar (Málaga) se encuentra un gran número de cortijos de labor e infinidad de caseríos llamados lagares, muchos de los cuales son tan deliciosos y amenos, que sirven también de recreo y diversión a sus dueños y otras muchas familias durante la temporada en que se hace la vendimia» (*Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España y sus posesiones de Ultramar*, por Pascual Madoz, VI, Madrid 1847, p. 523).

nada, por ejemplo, desde que en la primavera del año 1091 Alfonso VI penetró en ella, permaneciendo seis días en las laderas de Sierra Elvira, desde las que contemplaba los campos próximos y la ciudad en la lejanía, hasta la conquista por los Reyes Católicos, sufrió de innumerables entradas de tropas cristianas. El emir Hariz ibn 'Ukāša, gobernador de la región de Calatrava, reprochaba a Alfonso VI la devastación de su territorio, la ruina de todas las construcciones y la tala del arbolado: «No es digno de un [príncipe] poderoso destruir y sembrar ruinas; si llegas a ser dueño de la región, resultará perjudicado tu reino»¹. Pero a la destructora locura humana, arrasando periódicamente huertas, jardines y casas de campo y destruyendo los sembrados, respondían los campesinos renovando una y otra vez las plantaciones y levantando de nuevo los muros de sus cortijos; con asombrosa tenacidad seguían el ejemplo de la naturaleza incansable.

Casi todas las ciudades islámicas poseían agua para el riego de huertas y jardines, sin la que éstos no hubieran podido existir. Elevábanse en unas del río inmediato por medio de ruedas y artificios hidráulicos; llegaba a otras lentamente por el cauce de acequias y canales; en las restantes sin agua corriente, se sacaba de pozos por medio de norias.

El cuadro, deducido de los testimonios que figuran a continuación, tal vez excesivamente edénico, debe de comenzar por una nota bien distinta. Los montones de basura acumulados en el exterior de las murallas de Évora, permitieron a Ordoño II, en el verano del año 301 = 913, dominar fácilmente sus defensas y exterminar a sus pobladores².

Córdoba. — El valle del Guadalquivir en torno a Córdoba estaba sembrado de multitud de palacios, almunias de recreo de los califas y de los grandes, y deleitosas huertas. Tan sólo vi-

¹ *Analectes*, II, p. 377, según cita de Pérès, *La poésie andalouse*, p. 188.

² *Una crónica anónima de 'Abd al-Raḥmān III al-Nāṣir*, editada y traducida por E. Lévi-Provençal y Emilio García Gómez (Madrid 1950), pp. 43-44 del texto árabe y 108-109 de la traducción española.

ven algunos de esos lugares en los cantos de los poetas y en las descripciones encomiásticas de historiadores y geógrafos.

Describe al-Rāzī (nacido antes de 274 = 887 y muerto, probablemente, en 344 = 955) la gran ciudad andaluza, capital del califato, «cercada de muy fermossas huertas, et los árboles penden sobre ella, et dan mui sabroso fruto para comer: et son árboles mui altos et de muchas naturas... Et a la par de la puente hay y muy buen llano plantado de muy buenos árboles, et contra el septentrión yaze la sierra mui bien plantada de viñas et de árboles» ¹.

En otra llanura, llamada de la tienda real — *Faḥṣ al-Surādiq* —, situada al norte de Córdoba, había una célebre casa de campo — *muntazah* — de los príncipes omeyas; en ella mandaban levantar su tienda los califas y pasaban revista a sus tropas antes de emprender las expediciones militares ². Uno de los muchos barrios de la ciudad en el siglo X llamábase *rabaḍ al-rawḍa*, es decir, arrabal del jardín ³.

A tres kilómetros al noroeste de la ciudad, al borde de un arroyo que baja de la Sierra, construyó ʿAbd al-Raḥmān I al comienzo de su reinado una amplia vivienda rodeada de jardines, en el lugar donde, en uno de sus paseos, vió una insólita palmera. Nostálgico de la residencia siria llamada al-Ruṣāfa, la dió este mismo nombre (hoy Arruzafa). En ella residió gran parte de su vida. A su alrededor se formó, a partir del siglo IX, uno de los suburbios más poblados de Córdoba. Ibn Ḥawqal, visitante de al-Andalus en el reinado de ʿAbd al-Raḥmān III, dice tenían residencias en ese lugar los más altos dignatarios del país y pondera su esplendor. Dicho califa recibió con máxima pompa y albergó en al-Ruṣāfa en 335 = 946 a Ayyūb, encargado por su padre Abū Yazid, señor de Qayrawān, de reconocer la autoridad y someterse a aquél. La famosa residencia fué destruída

¹ Memoria sobre la autenticidad de la Crónica denominada del moro Rasis, por don Pascual de Gayangos, apud *Memorias de la Real Acad. de la Hist.*, VIII (Madrid 1852), p. 36.

² E. Lévi-Provençal, *L'Espagne musulmane au X^e siècle* (Paris 1932), páginas 141 y 225.

³ *Ibidem*, p. 207, n. (3).

estúpidamente por Wāḍih, quien la entregó en manos del populacho y la hizo demoler e incendiar a poco de la toma de Maḍīnat al-Zahrā' por los beréberes ¹.

A la orilla derecha del Guadalquivir, más allá de la explanada de al-Muṣāra, sobre una vasta extensión de terreno que el abuelo de al-Nāṣir había comprado antes de su advenimiento, se levantaba la *munyat al-nā'ūra*, en medio de un amplio parque y de jardines regados con máquinas hidráulicas que subían el agua del río. Databa de la época del emir 'Abd Allāh. Fué residencia preferida por 'Abd al-Raḥmān III en los primeros tiempos de su reinado; a ella llegó el año 316 = 928-929 al regreso de su expedición contra Bobastro y del mismo lugar salió al siguiente para emprender nueva campaña contra el mismo lugar. En la *munyat al-nā'ūra* fué alojado y magníficamente tratado Ordoño IV, tras su expulsión de Castilla, así como los veinte señores que le acompañaban ². La *al-nā'ūra*, en unión del alcázar y la *al-Ruṣāfa*, fueron saqueadas por Ibn 'Abd al-Ŷabbār a principios del siglo XI ³.

A orillas del Guadalquivir también, a mediodía de la ciudad, estaba la *Munyat 'Aḡab*, gran jardín que mandó plantar una mujer de al-Hakam I del mismo nombre, cuyos productos asignó perpetuamente al sostenimiento de la leprosería cercana. En torno de esta *munya*, como ocurrió en otras, formóse un arrabal ⁴.

¹ Lévi-Provençal, *L'Espagne musulmane*, p. 224, y *España musulmana hasta la caída del califato de Córdoba* (Madrid 1950), pp. 89, 174, 316, 401, 408 y 462; José Alemany Bolufer, *La Geografía de España en los escritores árabes* (Granada 1921), p. 26; Emilio García Gómez, *Ruina de la Córdoba omeya* (AL-ANDALUS, XII, 1947, pp. 280-281); Maqqarī, *Nafḥ al-ṭīb*, según la versión inglesa de Gayangos, I, p. 207, traducida al castellano en *La España musulmana*, por Claudio Sánchez-Albornoz, I (Buenos Aires, s. a.), pp. 337-340. La detallada descripción de las fincas de los contornos de Córdoba por Maqqarī, procede de Ibn Sa'īd.

² Lévi-Provençal, *L'Espagne musulmane*, pp. 224-225, y *España musulmana hasta la caída del califato de Córdoba*, pp. 334-335 y 379-380.

³ *Córdoba de la primera a la segunda conquista de la ciudad por los berberiscos (noviembre 1009-mayo 1013)*, según al-Bayān al-Mugrib de Ibn 'Idārī, trad. G. Levi della Vida. (Facultad de Filosofía y Letras, Cuadernos de Historia de España, V, Buenos Aires 1946, pp. 155, 157 y 167).

⁴ Lévi-Provençal, *L'Espagne musulmane*, p. 207, n. (3), y *España musulmana hasta la caída del califato de Córdoba*, p. 121.

A la orilla derecha del Guadalquivir, en terrenos inmediatos al antiguo cementerio del arrabal — *maqburat al-rabad* — estaba la *munyat Naṣr*, formando como un anejo del alcázar. Fué residencia de Naṣr, el confidente eunuco o *fatà* más íntimo de ʿAbd al-Raḥmān II; rescatada y ampliada por el emir ʿAbd Allāh, se puso más tarde a disposición del príncipe heredero al-Ḥakam. En esta *munya* se alojó la embajada enviada a al-Nāṣir en el verano del año 338 = 949 por Constantino Porfirogeneta. Como tantas otras, fué destruída a la caída de los Omeyas ¹.

Al este de Córdoba estaban la *munyat ʿAbd Allāh* y la *munyat al-Mugīra*, en torno de las que se formaron arrabales. Casas rodeadas de jardines había, sin duda, en otros muchos lugares de los contornos cordobeses. A fines del siglo X los poemas florales (*nawriyya*), celebrando la belleza y el perfume de las flores de los jardines de esa ciudad, rosas, mirtos, violetas, narcisos, junquillos y alhelíes, estaban muy a la moda ². Ibn Ḥazm alude, en los primeros años del siglo XI, a los del palacio de su padre en el arrabal oriental de Zāhira y a un pabellón en ellos desde el que se gozaba de una magnífica vista de la ciudad y sus alrededores ³.

Poco después cítese el *Qaṣr al-bustān* (Palacio del jardín), cerca de la Puerta de los Drogueros (*Bāb al-ʿAṭṭarīn*), es decir, al occidente de Córdoba, en el que se instaló al-Muʿtamid, según un famoso pasaje de los *Qalāʾid* ⁴.

Ibn Saʿid menciona en los alrededores de Córdoba el *Qaṣr al-bāchir* (Palacio del confluente); el *Qaṣr al-rawḍa* (Palacio del jardín); el *Qaṣr al-zubūr* (Palacio de las flores); el *Qaṣr al-māšūq* (Palacio del enamorado); el *Qaṣr al-mubārak* (Palacio del afortunado); el *Qaṣr al-Rustāq* (Palacio de Rustāq); el *Qaṣr*

¹ Lévi-Provençal, *España musulmana hasta la caída del califato de Córdoba*, p. 335, Pérès, *Poésie andalouse*, p. 132.

² Lévi-Provençal, *L'Espagne musulmane*, p. 174.

³ Ibn Ḥazm, *Tauq al-ḥamāma*, ed. Pétróf, pp. 102-105, citado por R. Dozy, *Histoire des musulmans d'Espagne*, edic. Lévi-Provençal, II (Leiden 1932), páginas 328-331; Lévi-Provençal, *L'Espagne musulmane*, p. 207, n. (3).

⁴ García Gómez, *Ruina de la Córdoba omeya* (AL-ANDALUS, XII, p. 289). Cabe la sospecha de si este palacio formaría parte del alcázar califal, también inmediato a la misma puerta.

al-surūr (Palacio de la alegría); el *Qaṣr al-tāy* (Palacio de la Diadema), y el *Qaṣr al-badī* (Palacio de las novedades) ¹.

Otro palacio, llamado *Dimaṣq*, menciona al-Faṭḥ en sus *Qalā'id*, al referir la vida del visir Ibn 'Ammār. Lo describe como una casa real de recreo, cuyos techos soportaban hermosas columnas de mármol; sus pavimentos eran mosaicos de mil colores. Le acompañaban jardines incomparables, llenos de frutos deliciosos y fragantes flores, hermosas perspectivas, límpidas corrientes de agua y aromáticas nubes de rocío; tal vez escapó a las devastaciones de la *fitna*; como parece indicar su nombre, era una reproducción de otro palacio omeya de Oriente ². *Munyat Zubayr* se llamaba otra casa de recreo en las afueras de Córdoba, construída por Zubayr ibn 'Umar al-Mulattam durante su gobierno en esa ciudad; por *al-Muṣḥafiyya* conocíase una más, con nombre derivado del de su propietario el ḥayyib Abū 'Utmān Ya'far ben 'Utmān al-Muṣḥafī, primer ministro bajo el califa al-Hakam II. El poeta Ibn Zaydūn, en una poesía en que enumera los palacios, jardines y lugares de recreo de Córdoba en su tiempo, ha conservado los nombres de algunos otros: el *Qaṣr al-fāriṣī* (Palacio del persa) y *Mar'y al-naḍīr* (Pradera de oro). Ibn Sa'īd menciona, invocando la autoridad de su padre, *Mar'y al-jūr* (Pradera de aguas rumorosas), *Faḥṣ al-surrāq* (Campo de los ladrones) y *Faḥṣ al-sudd* (Campo del azud); este último, conocido también por *Faḥṣ al-rabī* (Campo de los molinos), lo menciona Qāsim ben al-Riyāḥī ³.

Henri Pérès ha publicado la descripción de un jardín cordobés de la familia de origen bereber de los Za'ÿyālī, transformado en el siglo XI, por disposición testamentaria del propietario, en parque público — tal vez el primero medieval de ese carácter —, llamado desde entonces *Hayr al-Za'ÿyālī* [Parque del] pabellón de al-Za'ÿyālī. Estaba situado cerca de la

¹ Maqqarī, *Nafḥ al-tib*, en *La España musulmana*, por Sánchez Albornoz, I, p. 339.

² Pérès, *La poésie andalouse*, p. 128; García Gómez, *Ruina de la Córdoba omeya* (AL-ANDALUS, XII, p. 289).

³ Maqqarī, *Nafḥ al-tib*, en *La España musulmana*, por Sánchez Albornoz, I, pp. 339-340.

Puerta de los Judíos — *Bāb al-Yabūd* —, fuera del recinto murado de la *madīna* y a su norte. El quiosco que le dió nombre ha sido descrito por al-Faṭḥ ibn Jāqān en los siguientes términos: «Este *ḥayr* era el más extraordinario y bello de los lugares [de recreo], al mismo tiempo que el de más completa y perfecta belleza. Su patio (*ṣaḥn*) era de mármol (*marmar*) de un blanco puro; un arroyuelo (*ḡawdal*), semejante a una serpiente de rápidos movimientos le atravesaba; había en él una alberca (*ḡābiya*) de agua transparente. Las paredes y el techo (*samā'*) del pabellón (*ḥayr*) estaban ricamente decorados de oro y azul. El jardín (*rawd*) tenía hileras de árboles acertadamente colocados; lo animaban los botones de las flores. Tan espesa era su vegetación, que el sol no podía contemplar su suelo terrizo; la brisa se impregnaba de perfumes, lo mismo de noche que de día, al pasar por este jardín». En él estaban, inmediatas, las tumbas de dos amigos, también estrechamente unidos en vida; y la del poeta y crítico Ibn Šuhayd (m. 1035) ¹.

En plena decadencia ya Córdoba, pocos años antes de su conquista por Fernando III, al-Šaḡundī (m. 629 = 1231-32) dice que en esa ciudad, en las orillas del Guadalquivir, había jardines y praderas que aumentaban su esplendor y belleza ².

Toledo, su vega y la Huerta del Rey. — En la frontera o marca media describe el Idrisī a Toledo bien poblada de jardines, cruzados por canales cuyas aguas elevaban para su riego ruedas hidráulicas y norias de arcaduces (*dawālib*). Producían prodigiosa cantidad de frutos de admirable belleza y bondad. Por todas partes veíanse, entre las huertas, almunias y torres fortificadas ³.

¹ *La poésie andalouse*, por Pérès, pp. 128-130. Los versos descriptivos en Maqqari, *Analectes*, I, p. 420, l. 3. Pérès traduce la palabra *qurbisa* o *qurnisa* de la descripción del techo del pabellón por estalactitas — mocárabes —, pero éstos no llegaron a España, desde Oriente, hasta el siglo XII. Emilio García Gómez, *Poemas arábigoandaluces* (Madrid 1940), p. 25.

² Al-Šaḡundī, *Elogio del Islam español*, trad. esp. por Emilio García Gómez (Madrid 1934), pp. 105-106.

³ *Description de l'Afrique et de l'Espagne par Edrisi*, edic. Dozy y de Goeje (Lieden 1866), p. 188 del texto árabe y 228 de la trad. francesa; *La Péninsule*

Abu-l-Fidā' (672 = 1273-732 = 1331) pondera la belleza de las huertas toledanas de árboles frutales, entre los cuales había granados de enormes flores. Extramuros, al otro lado del río, antes de llegar al puente de Alcántara, estaba la famosa *al-munya* real, cuyos jardines comparaban los poetas cortesanos del siglo XI con los del Paraíso. La mandó construir el monarca toledano al-Ma'mūn ben Dī-l-Nūn (435 = 1043-467 = 1075) y su plantación corrió a cargo de 'Abd al-Rahmān b. Muḥammad b. 'Abd al-Kabīr b. Yaḥyā b. Wā'fid ibn Muḥammad al-Lajmī (389 = 999-467 = 1074-1075), llamado con la *kunya* de Abū-l-Muṭarrif, entendido en medicina y jurisprudencia, a la par que en agricultura ¹. Mereció ser descrita por Ibn Bassām, que la nombra *al-munya al-manṣūra*.

Según Maqqarī, al-Ma'mūn prodigó en su construcción cuantiosos tesoros. Los mejores artistas de su tiempo, arquitectos, geómetras y pintores, llegados algunos de lejanas tierras y espléndidamente remunerados, dejaron en ella fantásticas y maravillosas obra.

El frondoso jardín contiguo a este palacio, tenía una gran alberca (*birka* o *buhayra*), en cuyo centro se levantaba un quiosco con grandes vidrieras policromas, y decoraciones incrustadas de oro. El agua de la alberca subía a la parte superior de su cúpula para luego caer resbalando por los lados y derramarse en aquélla. En el interior, el sultán podía estar en los días cálidos del verano castellano en una atmósfera de agradable frescor, sin temor a mojarse; algunas veces se encendían hachones dentro del aposento, que, vistos a través de las vidrieras, producían mágico efecto. Adornaban los jardines espléndidas fuentes decoradas con motivos diversos ².

Ibérique au Moyen-Age d'après le Kitāb ar-Rawḍ al-Mi'tār, por E. Lévi-Provençal, Leiden 1938), pp. 132-133 del texto árabe y 160 de la trad. francesa. Idrīsī terminó su obra en 1154, pero el Toledo que describe debe de ser el anterior a su conquista por Alfonso VI.

¹ *Takmilat al-Šila*, de Ibn al-Abbār, ed. Codera, *Bib. Ar. Hisp.*, VI (Madrid 1887), p. 561, según cita de José M^a Millás Vallicrosa, *La traducción castellana del «Tratado de Agricultura»* de Ibn Wāfid (AL-ANDALUS, VIII, 1943, p. 284). Dice Pérès — *La poésie andalouse*, p. 197 — que los directores del jardín botánico de al-Ma'mūn fueron Ibn Wāfid e Ibn Baḡṣāl.

² Tomo IV de la *Dajira* de Ibn Bassām fols 187 b y 188 a; Maqqarī, *Naff*

Este pabellón llamábase *Maǧlis al-nā'ūra*, o sea «Salón de la noria o de la rueda hidráulica», sin duda por elevar tal artefacto el agua del Tajo hasta su parte más alta. *Munya* y quiosco fueron descritos también por el gramático filólogo Abū Muḥammad ibn al-Sid al-Baṭalyawsī en un poema reproducido por al-Faṭḥ ibn Jāqān. El poeta refirió al autor de los *Qalā'id* las horas pasadas junto a al-Ma'mūn en la *munya*, e Ibn Jāqān reproduce el relato antes de los versos: «Ibn al-Sid al-Baṭalyawsī me contó haberse encontrado [un día] con al-Ma'mūn ibn Dī-l-Nūn en el *Maǧlis al-nā'ūra* de la *munya*... El salón brillaba como si el sol se encontrase en lo alto del firmamento y la luna llena en su cénit, como una corona. Las flores embalsamaban el ambiente y sobre el río los invitados bebían sin cesar. La rueda hidráulica (*dawlāb*) gemía como gimen heridas por la llama devoradora del dolor, la camella que perdió su cría o una madre al morir su hijo. El cielo estaba regado por las gotas del rocío; los leones [surtidores de las fuentes] abrían sus enormes bocas para vomitar el agua» ¹.

Cuenta don Rodrigo Jiménez de Rada que, cuando el futuro Alfonso VI se refugió en Toledo, el monarca musulmán, con objeto de apartarle del estrépito de la ciudad y distraerle, construyó, al lado de su palacio, más allá del puente, casas y aposentos convenientes para don Alfonso y sus acompañantes cristianos ².

A fines del verano o en el otoño de 1084 Alfonso VI se instaló en la *munya al-manṣūra*, desde donde dirigía el asedio de la ciudad. Rendida el 6 de mayo de 1085, una de las condiciones de los pactos con los vencidos fué que el monarca se quedaría con la mansión en la que estaba aposentado ³.

al-ṭib = *Analectes*, I, pp. 347 y 348; II, p. 673, según cita de E. Lévi-Provençal, *Alphonse VI et la prise de Tolède*, apud *Islam d'Occident* (Paris 1948), páginas 119, 120 y 129; *Maqqarī*, adaptación de Gayangos, I (Londres 1840), páginas 239-240; II (Londres 1843), p. 263; Ibn Badrūn, *Commentaire de la Risāla al-'abdūniyya*, pp. 277-278, citada por Pérès, *La poésie andalouse*, pp. 150-151.

¹ *Qalā'id*, p. 194 e Ibn Zāfir, *Badā'i'*, pp. 169-170, en *Analectes*, I, páginas 425 y 426-427, según cita de Pérès, *La poésie andalouse*, pp. 151-152.

² Jiménez de Rada, *De rebus Hispaniae*, lib. VI, cap. X.

³ Don Rodrigo Jiménez de Rada, *De rebus Hispaniae*, apud *Collectio*

En los años sucesivos, los contornos de Toledo y especialmente esa finca regia sufrieron grandes y repetidas depredaciones. En 483 = 1090 los almorávides llegaron ante los muros de la ciudad; bien defendida por Alfonso VI, ayudado por el rey aragonés Sancho Ramírez no pudieron conquistarla, pero talaron los árboles de la vega ¹.

Nuevo sitio pusieron los almorávides a Toledo en el año 503 = 1110. El emperador Alī ibn Yūsuf acampó durante ocho días (según los «Anales Toledanos I»; un mes, dice el *Qirṭās*) frente a su puerta principal en la almunia de los alrededores de la ciudad. Ante la imposibilidad de apoderarse de ésta, devastó de nuevo sus alrededores y, afirma el *Hulal*, destruyó la almunia ².

En 592 = 1196 los almohades, tras la victoria de Alarcos, mandados por Ya'qūb al-Manṣūr llegaron a las puertas de Toledo, acamparon a su norte, y tras varias escaramuzas, volvieron a atravesar el Tajo, saqueando al paso una vez más la almunia real. Los «Anales Toledanos I» dicen que estuvieron diez días sobre la ciudad y cortaron viñas y árboles; *El Anónimo de Madrid y Copenhague*, una semana ³. Los mismos «Anales» y otros textos relatan una nueva incursión de los guerreros islámicos en el año siguiente de 1197 por Toledo, a la que tal vez se debiese

patrum ecclesiae toletanae, tomus tertius (Madrid 1793), lib. VI, cap. XXII, p. 136.

¹ *Qirṭās*, trad. Huici (Valencia 1918), p. 157.

² *Al-Hulal al-mawṣiyya* (obra terminada en 783 = 1381), fº 54; Francisco Codera, *Decadencia y desaparición de los almorávides en España* (Madrid 1899), pp. 233-234; Menéndez Pidal, *La España del Cid*, I, pp. 420-421; *Kitāb al-ikhtifā'*, fº 164 v, según cita de R. Dozy, *Recherches sur l'histoire et la littérature de l'Espagne*, terc. edic., tomo seg. (Paris Leiden 1881), p. LX; «Anales Toledanos I», en *España Sagrada*, por Fr. Henríquez Flórez, XXIII (Madrid 1767), p. 387; *Qirṭās*, trad. Huici, p. 165; *Maqqarī*, adapt. Gayangos, II, p. xlv. A esta expedición deben de referirse los «Anales Toledanos II», aunque asignándola equivocadamente la fecha de era 1166 (año 1128) (*Esp. Sag.*, XXIII, p. 404.)

³ E. Lévi-Provençal, *Un recueil de lettres officielles almohades (Hespérís, XXVIII, 1941, pp. 66-67)*; «Anales Toledanos I», en *España Sagrada*, XXIII, p. 393; Jiménez de Rada, *De rebus Hispaniae*, lib. VII, cap. XXX, p. 171; *Chronique latine des rois de Castille*, edic. Georges Cirot, I (Burdcos 1913), pp. 45 y 48; *El Anónimo de Madrid y Copenhague*, edic. A. Huici (Valencia 1917), p. 73 del texto árabe y 83 de la trad.

el estar inculta y con sus frutales cortados la huerta del Ayu-neyna (*ġunayna*, pequeño jardín o huertecito), situada a la orilla del Tajo, al apartarse éste de Toledo, en mayo de 1199, destrucción que un documento mozárabe de esa fecha atribuye a los musulmanes ¹.

En la primavera del año 1212 acampaban extramuros «en la Huerta del Rey so los árboles» (*extra urbem circa fluentia Tagi delitiosa viridaria, ... ut sub umbraculis arborum*) las milicias extranjeras venidas para la cruzada contra los almohades. El rey dióles, dice la *Primera Crónica General* traduciendo al Toledano, «fuera de la çipdad en la ribera del río Taio huertas et huertos et otros uergeles de deleycte en que tomassen solazes et sabores, que el fiziera criar pora si pora tomar la su real maiestad sabores et solazes quándo ell en essa çipdad fuesse et quisiesse salir a andar, et diogelo todo a sabor de si et soltogelo pora fazer y como quisiessen, et folgar y a las sombras en las calenturas»; con los ramos de los árboles frutales dispusieron cobertizos para estar a placer mientras salían a campaña; «en el vergel que diximos del rey» colocaron las tierdas en las que instalaron las mesas al llegar el rey de Aragón. En los *Anales* citados, un mozárabe toledano dejó consignado sobriamente cómo, a más de otros daños, entre ellos la matanza de muchos judíos, interrumpida gracias a su defensa por los caballeros de la ciudad, las tropas nacionales y extranjeras «cortaron toda la huerta del Rey, e de Alcardet todo, e ficiéron mucho mal en Toledo, e duraron y mucho» ².

A través de tan repetidas destrucciones, la almunia regia,

¹ *España Sagrada*, XXIII, p. 393; González Palencia, *Los mozárabes de Toledo*, I, doc. n.º 293, pp. 233-235; *El Anónimo de Madrid y Copenhague*, p. 76 del texto árabe y 86 de la trad. afirma que el monarca almohade razió los contornos de Toledo con más furia que la vez pasada, devastando y arruinando el país.

² Jiménez de Rada, *De rebus Hispaniae*, lib. VIII, cap. I, p. 176; *Memoorias históricas de la vida y acciones del rey don Alonso el Noble, octavo del nombre*, recogidas por el Marqués de Mondéjar (Madrid 1873), p. cviii; *Primera Crónica General*, I, texto, cap. 1.010, p. 689; «Anales Toledanos I» en la *España Sagrada* de Flórez, XXIII, pp. 395-396. En 1294 era amén de la almunia del Rey Mitaél Domínguez (*Los mozárabes de Toledo en los siglos XII y XIII*, por Angel González Palencia, II [Madrid 1926], doc. n.º 1.045, p. 332).

primero de los monarcas musulmanes, más tarde de los castellanos, debía de conservar, merced al sostenimiento de su riego, renovada y lozana vegetación y umbrosas arboledas. El quio sco y los edificios inmediatos desaparecerían a fines del siglo XI o en el XII, destruídos en uno de los asedios malogrados de almorrávides y almohades. En el XIV, los Guzmanes, a los que probablemente concedió la finca Alfonso XI, edificaron en ella un nuevo palacio campestre, conocido por de Galiana desde el siglo XVI¹.

Navajero, visitante de Toledo en septiembre de 1525, dice que el llano llamado la Huerta del Rey se regaba con norias o ruedas hidráulicas que elevaban el agua del río, por lo que se veía todo él labrado, hecho huertos y bien poblado de árboles, lo mismo que la Vega, situada al salir el río de entre los montes y alejarse de la ciudad; el resto era estéril y sin un árbol. En dicho llano estaban las ruinas de un hermoso palacio, en sitio muy apacible, «que dicen fué de Galiana, hija de un rey moro»².

De las restantes huertas y almunias que completaban en la edad media el paisaje frondoso de la vega situada al norte de Toledo, por la parte que no la ciñe el Tajo, poseemos escasas noticias. Un documento de 1143 alude a la almunia de Alcardeto, talada más tarde, en 1212, por las tropas en vísperas de salir a la campaña contra los almohades, como antes se dijo; estaba junto al Tajo; tenía presa y noria³.

¹ En 1431, al regresar don Juan II de la vega de Granada, los alcaldes y regidores de Toledo le tenían preparado un cadalso de madera bien alto, todo cubierto de paños franceses, «en derecho de la puerta de la huerta, que se llama del Rey» (*Crónica del balconero de Juan II*, edic. Carriazo, p. 110).

² *Viajes por España*, traducidos por Fabié, pp. 253-254 y 370-371. Medio siglo más tarde, Luis del Mármol Carvajal, en su *Descripción general de África*, I (Granada 1573), fº 94, refiere que Galafre, al celebrar las bodas de Galiana y Carlos, «porque los christianos no entrassen en Toledo, mandó hazer en la propia Güerta unos palacios que oy día llaman los palacios de Galiana»; R. Menéndez Pidal, *Historia y epopeya* (Madrid 1934), apud «*Galiene la belle*» y los palacios de Galiana en Toledo, p. 276.

³ *Noticias sobre Don Raimundo, Arzobispo de Toledo (1125-1152)*, por don Angel González Palencia, apud *Spanische Forschungen*, 1 Reihe, 6 Band (Munster), p. 111.

Dos parece que eran, aparte de los antes mencionados, los núcleos principales de vegetación extramuros: uno, en la orilla derecha del río, poco antes de llegar al puente de Alcántara, entre la cerca del Arrabal y el Tajo. El otro estaba en la misma orilla, pero al salir el río del angosto cauce y apartarse de la ciudad.

En el primero había en los siglos XII y XIII abundantes huertas y jardines, llamados a veces granadales, cerca de la puerta de Almofada o Almofala (*Bāb al-majāda*), es decir, del Vado, que también se decía de Tefalín (*Bāb al-taffālīn*, ¿de los Grederos?). Allí estaba la *ortam almofada* y las del Granadal y la Tesorería, inmediatas, y otras con frutales, a más de tierras de alcacer; el agua de un canal, derivado del río, hacía mover una aceña, como se llamaban en Toledo las grandes ruedas hidráulicas ¹.

En el otro núcleo de vegetación, cerca del convento de San Pedro y debajo de la Puerta de los Judíos, había en los siglos XII y XIII, un *orto qui dicitur Albosfra* (huerto del Foso); al lado estaba el prado del Cadí o Marzalcadí — *mar'ý al-qāḍī* —, lindante con la rambla que se juntaba al Tajo en sitio próximo; cerca estaba también un sendero que iba a la barca (probablemente en el torreón llamado hoy baño de la Cava), y un molino en el azud llamado de Asomail (?) o Azumel ².

¹ González Palencia, *Los mozárabes de Toledo*, I (Madrid 1926), documentos nos 162, a. 1182; 243, a. 1193; 257, a. 1194; 262, a. 1196; 368 y 369, a. 1209, pp. 119-120, 187-188, 200-201, 205, 307-310; *Documentos lingüísticos de España*, I, Reino de Castilla, por Ramón Menéndez Pidal (Madrid 1919), pp. 370-372.

² González Palencia, *Los mozárabes de Toledo*, vol. preliminar, pp. 79 y 82; I, 33, a. 1146; 114, a. 1174; 288, a. 1198; 593, a. 1199; 322, a. 1202, pp. 23-24, 82, 226-227, 233-235, 262-263; III (Madrid 1928), 967, a. 1124; 969, a. 1143; 973, a. 1160, pp. 303, 305-306 y 309-310. En estos documentos mozárabes toledanos se emplea la palabra *al-ḡanīna* — pl., *al-ḡinān* — para designar una huerta o jardín; *arḍ al-qaṣīl* y *arḍ maḡsala*, que también aparecen con frecuencia en ellos, serán — según Ocaña Jiménez — tierras de alcacer, es decir, de cebada verde cortada así para alimento de las caballerías. Al dorso de algunos de los documentos citados figura la palabra «Ajuneyna» y «Ajunayna», diminutivos de huerta, que sin duda había pasado a designar una o un grupo de ellas.

Junto a Santa Leocadia se extendía por estos lugares, a la orilla del Tajo, en la segunda mitad del siglo XVI, la huerta de Bargas, «jardín con muchas recreaciones y tablas de murteros y infinitas invenciones de jardinería» ¹.

Entre los puentes de Alcántara y San Martín, ocupaba un trecho de la orilla del río, bajo la cerca, la deleitosa huerta de la Alcurnia, sitio de recreación de los preladados toledanos, hoy arrenal del mismo nombre; la destruyó una inundación en 1545 ².

En el primer cuarto del siglo XVI, Lucio Marineo Sículo encomia los dos sotos de las afueras de Toledo, «los más fértiles y frutíferos de toda España, los cuales sotos tienen en largo por la una y la otra parte más de cinco millas, y por la otra parte occidental, casi otro tanto», y pondera los muchos olivares, viñas, almendrales y otros árboles que en los alrededores de Toledo se criaban ³.

Por los mismos años, Garcilaso evocaba las márgenes del Tajo al apartarse lentamente de la ciudad:

De allí con agradable mansedumbre
el Tajo va siguiendo su jornada,
y regando los campos y arboledas
con artificio de las altas ruedas.

Idílico paisaje que algunos años después, en el reinado de Felipe II, don Luis Çernuscolo de Guzmán cantaba en tercetos no muy inspirados:

Muchas huertas en torno la hermosean,
de frutas y de flores tan copiosas
que el gusto y el espíritu recrean ⁴.

¹ *El peregrino curioso y grandezas de España*, por Bartholomé de Villalba y Estaña, Soc. de biblio. esp., I (Madrid 1886); la licencia de impresión, de 1577.

² *Descripción de la imperial ciudad de Toledo*, por el doctor Francisco de Pisa (Toledo 1605), fº 25.

³ Lucio Marineo Sículo, *De las cosas memorables de España* (Alcalá 1530), lib. II, fº 12 v.

⁴ *Toledo en el siglo XVI*, después del vencimiento de las Comunidades,

Aun a comienzos del siglo XVII las riberas del Tajo antes y después de circundar el río la ciudad, estaban «coronadas y adornadas de frescas y hermosas arboledas, llenas de todas partes de sotos y huertas, con gran muchedumbre de árboles frescos y deleitosos». Las huertas situadas «lexos de la ribera del río, y en sitio muy altas, de suerte que no se puede sacar agua de los pozos, éstas se riegan con otro género de artificio, de vnas grandes ruedas de madera, que llaman azudas, las cuales, movidas con la fuerza del raudal del río, levantan el agua y la van derramando, y derivando por lo alto, encañada y encanalada por caños de madera, hasta dar en las propias huertas. Destas azudas hay tres o cuatro a la huerta del Rey: una que llaman de Raçaçu: otra de la Alberca: otra de la Islilla: otra de los palacios de Galiana: y más adelante otra frontera del jardín de don Pedro Manrique, y es de la huerta de Laytique. Sin éstas hay otras cuatro azudas en la vega, dos en los batanes, una a San Pedro el Verde, otra a la huerta de Agenjo Díaz»¹. Cervantes, en *La ilustre fregona*, cita por los mismos años la Huerta del Rey, en la que había una azuda, entre las cosas famosas de ver en Toledo.

La profunda decadencia desde entonces de Toledo y el abandono secular fueron acabando con almunias, huertos y jardines, convirtiendo la antes frondosa vega en tierras yermas y campos de secano. Así ha llegado a nuestros días; tan sólo a partir de 1781 una parte de los contornos de la ciudad, entre la puerta de Bisagra y la fábrica de Armas, perdió el ingrato aspecto de erial que antes tenía. En ese año, a costa, principalmente, de uno de los últimos grandes prelados toledanos, el cardenal Lorenzana, se plantaron calles de dobles hileras de olmos, representativos de la época renovadora de Carlos III; adquirieron gran lozanía, y ya se van perdiendo².

Abandonada la vega toledana como lugar de expansión cam-

Discursos leídos ante la Real Acad. de la Hist. en la recepción pública del... conde de Cedillo (Madrid 1901), pp. 220-224.

¹ Pisa, *Descripción de la imperial ciudad de Toledo*, fols 9 v y 25.

² Don Antonio Ponz, el más ardoroso propagandista de la repoblación arbórea que ha habido en nuestro país, elogia cumplidamente estas plantaciones en su *Viaje de España*, t. X, 2ª edic. (Madrid 1787), pp. III-IV.

pestre de las gentes amontonadas en el apretado núcleo urbano, destruidas norias y ruedas hidráulicas, el Tajo deslízase lentamente por entre tierras de secano, eriales desprovistos de vegetación durante casi todo el año.

Las ruinas del palacio de Galiana, cada día que pasa más disminuídas, se levantan hoy en una llanura huérfana de riego, vegetación y arbolado.

Valencia. — Lo mismo el *Cantar de Mío Cid* que la *Primera Crónica General*, al relatar la conquista de Valencia por el héroe castellano en los últimos años del siglo XI, aluden incidental, pero repetidamente, a una ciudad rodeada de huertos y jardines de espléndida vegetación.

Llegadas a Valencia Jimena y sus hijas desde una Castilla de tierras de secano, las hace subir el Campeador a la torre más elevada del alcázar para que contemplen el conjunto de la gran ciudad tendida a sus pies, de la que se ha hecho dueño, y la prodigiosa fecundidad de la verde huerta que la rodea:

Adeliñó mío Cid con elías al alcázer,
allá las subie en el más alto logar;
oyos vellidos catan a todas partes,
mirán Valencia como yaze la çibdad,
e del otra parte a ojo han el mar;
mirán la huerta, espessa es e grand,
e todas las otras cosas que eran de solaz ¹.

Repetidamente la *Primera Crónica* se refiere a la angostura de las huertas inmediatas a Valencia, peligrosa para los guerreros del Cid, por prestarse a fáciles emboscadas y no permitir el despliegue de la caballería ². Entre esas huertas cítanse la mayor, llamada de Villanueva, en la que posó el rey de Zaragoza, y a la que fué el Cid en 1093 a deportarse. Era la *munya* de Ibn 'Abd al-'Aziz, construída por el monarca valenciano al-Manšūr

¹ *Foema de Mío Cid*, edic. y notas de Ramón Menéndez Pidal (Madrid 1913), versos 1.610-1.616, p. 232.

² *Primera Crónica General* I, texto, cap. 925, p. 597 y cap. 930, p. 605.

ibn Abī 'Āmir (412 = 1021 - 452 = 1061), que celebró su inauguración con una fiesta famosa distribuyendo gran cantidad de regalos. Comprendía bajo el dominio de los almorávides un extenso jardín plantado de árboles frutales y de adorno y de flores, cruzado por una acequia, y en el centro estaba el palacio, uno de cuyos pabellones, ricamente decorado, abría todas sus puertas al jardín. Un poeta poco conocido, 'Alī ibn Aḥmad, describió en cuatro versos este *maǧlis*; la *munya* parece que pasó a ser paseo público ¹. Durante el asedio de Valencia, los guerreros castellanos derribaron cuantas casas y torres había en las afueras, con cuya piedra y madera levantaron una buena villa cerca del castillo de Juballa; también los musulmanes sitiados, al ver allanadas esas construcciones, tomaron toda la madera que les fué posible, metiéndola dentro de la cerca ².

Al asombro y admiración de los castellanos ante la espesura de las apretadas huertas que rodeaban Valencia, corresponde el dolor de los musulmanes sitiados, al ver la destrucción de tan admirables vergeles. A comienzos del año 1094, el viejo alfaquí al-Wacāṣi, doctísimo versificador, sitiada la ciudad, pronunció un elegíaco lamento:

«Valencia, Valencia, vinieron sobre ti muchos quebrantos y en hora estás de morir... Las tus muy nobles y viciosas huertas que en derredor de ti son, el lobo rabioso les cavó las raíces y no pueden dar flores... Los tus muy nobles prados en que muy hermosas flores y muchas había, donde tomaba el tu pueblo muy gran alegría, todos son ya secos» ³.

Apenas pasado medio siglo de la ocupación castellana, de

¹ Ibn Sa'īd en *Analectes*, I, p. 110; *Ṣubḥ al-a'ṣā*, V, p. 231; *Qalā'id*, 69 en *Anal.*, I, pp. 436-437, según citas de Pérès, *La poésie andalouse*, páginas 153-154; *Poesía y arte de los árabes en España y Sicilia*, por A. F. de Schack, trad. de don Juan Valera, III, terc. edic. (Sevilla 1881), pp. 71-73 y 100; Ibn Jāqān, citado por Dozy, *Loci de Abbad.*, I, 1846, p. 31, n° 99; Menéndez Pidal, *La España del Cid*, II, p. 484.

² *Primera Crónica General*, cap. 891, p. 560; cap. 903, p. 570; cap. 908, pp. 573-575.

³ *Ibidem*, cap. 909, p. 576; Ramón Menéndez Pidal, *La España del Cid*, II (Madrid 1929), pp. 493-494.

nuevo Valencia en manos islámicas, labradas las tierras, reparadas las ruinas, sus alrededores volvieron a adquirir sin duda la frondosidad de antaño. Por entonces Idrīsī refiere que las aguas de su río se utilizaban para el riego de campos, jardines y huertas de las alquerías inmediatas a la ciudad ¹.

En la primera mitad del siglo XIII era famoso en las afueras y al sudeste de Valencia, al-Ruṣāfa, cantada por al-Ruṣāfi, nacido en ella ². Tras la nueva conquista cristiana de la ciudad en 1238 por Jaime I, los poetas valencianos en el exilio no evocan sus edificios ni sus riquezas perdidas: lloran sus jardines que no volverían a ver. «Esta bella ciudad no era más que un jardín bajo el cual corrían los ríos», escribía el secretario Abū-l Muṭarrif Ibn ‘Amīra (582 = 1186 – m. hacia 656 = 1258) ³. E Ibn al-Abbār, en su famosa elegía, se pregunta: «¿Dónde están Valencia y sus viviendas, los gorjeos de sus pájaros y los cantos de sus palomas? ¿Dónde los aderezos de su Ruṣāfa, de su Īsīr, y su Manzil ‘Aṭā’ y su Manzil Naṣr? ¿Dónde sus frescas umbrías y sus cercados de brillante verdor? ¿Dónde sus rebosantes arroyos y sus bosquecillos?... Era (al-Andalus) como un cuadro de flores que encantaba nuestras pupilas; sus verdes boscajes de otros tiempos se han desecado y endurecido» ⁴.

Tal vez fué Valencia uno de los lugares cuyos alrededores menos sufrieron al pasar a manos cristianas. Muchos labradores islámicos quedaron en la comarca y no parece que hubo interrupción en el cultivo de la tierra. Los visitantes de Valencia en los siglos sucesivos, siguieron encomiando con entusiasmo la fecundidad y belleza de sus contornos. Visitando las huer-

¹ *Description de l'Afrique et de l'Espagne par Edrisi*, p. 191 del texto árabe y 233 de la trad. francesa.

² *Anal.*, I, p. III; II, p. 421, según cita de Pérès, *La poésie andalouse*, páginas 153-154.

³ Lévi-Provençal, *La Péninsule ibérique*, pp. 49 y 52-53 del texto árabe y 62 y 66 de la trad. francesa.

⁴ Lévi-Provençal, *La Péninsule ibérique*, pp. 52-55 del texto árabe y 66-68 de la trad. francesa. Manzil ‘Aṭā’ será la actual Mislata, a 3 kms. al sudoeste de Valencia, y Manzil Naṣr, Masanasa, a 7 al sur.

tas próximas en 1494, el antes citado Múnzer creyóse en el paraíso terrenal ¹.

Sevilla. — Escasos datos poseemos acerca de los alrededores de Sevilla antes de su conquista por Fernando III. En una laguna inmediata, casi totalmente desecada, *al-buḥayra al-ḡubrà*, al-Muṭamid, mandó plantar huertos y jardines frondosos, en cuyo centro construyó un pabellón. Esta y otras residencias sevillanas evocaba nostálgico más tarde, en su destierro de Agmāt ².

El califa almohade Abū Yaʿqīb Yūsuf, al llegar a esa ciudad en el mes de ṣafar del año 567 = 1171, hizo construir unos magníficos alcázares llamados de la Buḥayra (la Laguna) en las afueras de *Bāb ʾIḥwar*, en torno de los cuales se hicieron grandes plantaciones, para cuyo riego restableció la conducción romana desde Alcalá de Guadaira, es decir, los Caños de Carmona. Plantáronse olivos, higueras, viñas y árboles frutales, exóticos de las más variadas especies, que producían frutos de extraordinario dulzor. Por cuenta del erario público fueron sacados de los distritos del Aljarafe para la Buḥayra diez mil vástagos de olivos de las mejores clases. Ordenó el sultán a los gobernadores de Granada y Guadix que mandaran con el mismo fin diversas clases de la pera llamada *Kummatrà*, de la ciruela conocida por «ojos de buey», de perucos y de manzanas ³.

Estaban estos jardines extramuros y al sudeste de la ciudad; a mediodía se cita en el siglo XIII el llamado *ʾannat al-Muṣallà* (Jardín del Oratorio), plantado de cañas de azúcar ⁴. Por el mismo tiempo bordeaban las riberas del Guadalquivir, según al-Šaḡundī, cuyo testimonio comprueban no escasas poesías contemporáneas, quintas y jardines, viñedos y álamos, «que se

¹ Jerónimo Múnzer, *Viaje por España y Portugal* (Bol. Real Acad. Hist., LXXXIV, 1924, p. 63).

² Pérès, *La poésie andalouse*, pp. 140 y 188.

³ Crónica del contemporáneo Ibn Ṣāḥib al-Šilā; véase T. B., *Notas sobre Sevilla en la época musulmana* (AL-ANDALUS, X, 1945, pp. 189-196).

⁴ E. Lévi-Provençal, *La Péninsule Ibérique*, p. 21 del texto árabe y 27 de la trad. francesa.

sucedan sin interrupción, con una continuidad que no se encuentra en ningún otro río» ¹.

Un «olivar cabo de la villa» cita la *Primera Crónica General* al relatar el asedio por Fernando III que terminó en 1248 con su conquista. Consta también en la misma la existencia de abundante vegetación en sus contornos, pues los soldados cristianos se metieron «en çelada en unas espesuras grandes que entre la hueste et la villa avie» ². Refiere Morgado que cuando «el Sancto Rey don Fernando ganó a Sevilla, agradáronle mucho vnos jardines, y arboledas, que avía entre las Puertas del Ossario, y de la de Carmona, y assí entre otros heredamientos las repartió al Real Monasterio de las Huelgas de Burgos» ³.

Baza. — Hacia el siglo XIII Baza era reputada por sus aguas corrientes y sus jardines ⁴. Refiere Ibn al-Ja'ib que las mujeres de Baza, delicadas y hermosas, espléndidamente vestidas, salían a holgar a las orillas de sus muchos arroyos, y en sus deliciosos campos, por los que se dilatava con placer la vista ⁵. Los cronistas de los Reyes Católicos, un siglo más tarde, dan perfecta idea de la frondosidad de sus alrededores. Según Diego de Valera, en 1489 era «pequeña e muy fuerte e bien torreada, puesta en un llano, algo desviada de la sierra... e tiene muchas huertas, todas en torno, de muy grandes árboles, e muchas açequias en compás de más de media legua, hasta juntar cerca de los muros». Más detallado e interesante es el relato de Pulgar: «a la salida de la çibdat, por la parte de lo llano, está plantada una huerta espesa, con muchos y grandes árboles y frutales, que ocupan casi vna legua de tierra en çircuyto. E en esta huerta

¹ Al-Šaḡundī, *Elogio del Islam español*, p. 95.

² *Primera Crónica General*, I, texto, cap. 1.093, p. 755 y cap. 1.102, p. 758.

³ *Historia de Sevilla*, por Alonso de Morgado (Sevilla 1887), p. 331. En nota anterior se han citado testimonios de la frondosidad de los alrededores de Sevilla en los siglos XVI y XVII.

⁴ Lévi-Provençal, *La Péninsule ibérique*, p. 45 del texto árabe y 57 de la trad. francesa.

⁵ Simonet, *Descripción del reino de Granada*, p. 62.

avía más de mill torres pequeñas, porque cada vezino de aquella çibdat que tenía en ella alguna parte, facía vna torre cercana a sus árboles; y aquello que le perteneçía regaua con açequias, de las muchas aguas que deçienden de aquella parte de la sierra. E en cada pertenencia particular avía tantos y tales hedificios, que fortificauan toda la huerta» ¹.

Guadix. — Varias composiciones de poetas del siglo XI evocan la belleza del valle de Guadix; sus arroyos, circulando entre jardines; la frondosidad de los árboles, inclinados dulcemente, como las madres hacia sus hijos recién nacidos; sus aguas puras, más deliciosas que el vino; sus umbrías, protectoras del ardor del sol, bajo las cuales se disfrutaba de una suave brisa ². En el siglo XII, Muḥammad ibn ʿAlī ibn Farah, nombrado al-Šafra (?), médico y gran botánico, creó para el sultán almohade Muḥammad al-Nāṣir (m. en 610 = 1213-1214), un jardín botánico en su residencia de Guadix ³.]

Málaga. — De Málaga es una de las más antiguas referencias que existen de jardines en la España islámica, aunque los aludidos han de asignarse a la anterior época visigoda. Refiere al-Maqqarī que al sitiar ʿAbd al-ʿAzīz, hijo de Mūsā ben Nuṣayr, a Málaga, su gobernador, hombre descuidado y de pocos alcances, cansado de las molestias del cerco, salió a descansar a unos jardines que había al lado de la ciudad, sin cuidarse de colocar vigías ni atalayas; de noche, se apoderaron de él algunos caballeros árabes, conquistando después la ciudad ⁴.

¹ Mosén Diego de Valera, *Crónica de los Reyes Católicos*, edic. y est. por Juan de M. Carriazo (Madrid 1927), p. 281; Fernando del Pulgar, *Crónica de los Reyes Católicos*, vol. seg. (Madrid 1943), capítulo CCXXXV, p. 372; *Guerra de Granada* escrita en latín por Alonso de Palencia, trad. castellana de D. A. Paz y Melia (Madrid 1909), p. 400.

² Pérès, *La poésie andalouse*, pp. 158-159.

³ Max Meyerhof, *Esquisse d'histoire de la pharmacologie et botanique chez les musulmans d'Espagne* (AL-ANDALUS, III, 1935, p. 29).

⁴ *Ajbar machmūa*, crónica trad. y anotada por don Emilio Lafuente y Alcántara (Madrid 1867), p. 192.

A pesar de no tener más aguas para riego que la de pozos, dice Idrīsī, poco antes de mediar el siglo XII, que sus alrededores estaban plantados de huertos de higueras, cuyos frutos gozaban de gran fama ¹. Según al-Šaqundī en el siglo siguiente, las quintas malagueñas se parecían «a las estrellas del cielo, por su gran número y por el esplendor de su brillo» ². En el XIV escribió Ibn al-Jaṭīb que su llanura era «alcázares y jardines»; había en ella jardines de aspecto maravilloso, alcázares contruidos en las faldas de las montañas, huertas de espesa sombra, albercas que murmuraban con su agua dulce y límpida; sus animados arrabales se mostraban orgullosos entre las túnicas de las alamedas; no había ciudad más abundante en plantaciones y viñedos, ni de flores más olorosas; toda ella era un puro vergel ³.

Alonso de Palencia, Fernando del Pulgar y Mosén Diego de Valera, cronistas los tres de los Reyes Católicos, describen al relatar la conquista de Málaga por éstos en 1487 una ciudad rodeada de frondosísimos huertos y jardines. Oigamos sus palabras. El primero señala las facilidades que daban a los defensores para las emboscadas «las frondosas arboledas de frutales de los numerosos huertos inmediatos a las murallas». Según Pulgar, «allende de la fermosura que le dan la mar y los hedifiçios, representa a la vista vna ymagen de mayor fermosura las muchas palmas, y cidros, y naranjos, y otros árboles y huertas que tiene en grand abundançia dentro de la çibdad y en los arrabales, y en todo el campo que es en su circuyto»; en el arrabal que estaba a la parte de la mar había muchas huertas y casas caídas. Los guerreros cristianos talaron en sus contornos panes y viñas, huertas y olivares, almendrales, palmas y otros árboles, y quebraron los molinos de todo el circuito. Junto a la ciudad había una huerta, en cuyas inmediaciones tenía sus estancias durante el sitio el maestre de Santiago, que llamaban del Rey. La misma admiración manifiesta Valera: «a la parte donde está asentada la

¹ Idrīsī, *Description de l'Afrique et de l'Espagne*, pp. 200 y 204 del texto árabe y 244 y 250 de la trad. francesa.

² Al-Šaqundī, *Elogio del Islam español*, p. 110.

³ E. García Gómez, *El «Parangón» entre Málaga y Salé de Ibn al-Jaṭīb* (AL-ANDALUS, II, 1934, pp. 188-192).

cibdad es un grand llano e una vega muy grande e muy fermosa, llena de huertas e árboles e viñas. Y en la sierra más çercana ay tantas viñas e arboledas e casas e torres que es cosa muy fermosa de ver» ¹.

Cuando poco después, en 1494, Múnzer visita la ciudad, el cuadro era algo más sombrío. El monasterio de menores se había edificado «en una feraz llanura, antes poblada de numerosas y frondosísimas huertas, que quedaron abandonadas desde el tiempo del asedio» ².

Granada. — Autores árabes del siglo XI describen jardines de gran fertilidad en la vega granadina, comparables a los de Córdoba y Sevilla ³.

Muy cerca de Granada había en el siglo XIII una hermosa huerta llamada Daravenar, con una casa de campo conocida por Palacios de don Nuño, a causa de haber alojado en ella el monarca granadino al conde don Nuño González de Lara, desavenido con el rey Alfonso el Sabio.

En la primera mitad del siglo XIV escribía al-ʿUmarī (m. en 749 = 1349) que el Genil recorría la vega de Granada en el espacio de cuarenta millas entre jardines, cortijos y aldeas pobladas de viviendas, casas de recreo, palomares y otras construcciones. El Darro llegaba a Granada después de discurrir entre jardines, campos y viñedos. Atravesaban la ciudad dos colinas, con abundantes y bellas casas y quioscos abiertos hacia las afueras, desde los que la vista era magnífica sobre las tierras de labor y los arroyos y acequias que las cruzaban, y único el espectáculo, imposible de imaginar. Una de esas dos colinas se llamaba el Churro o el Mawror; la otra, la Alcazaba vieja ⁴. Los alrede-

¹ *Guerra de Granada*, escrita en latín por Alonso de Palencia, p. 400; *Crónica de los Reyes Católicos*, por Pulgar, vol. II, pp. 111-112 y 284; Mosén Diego de Valera, *Crónica de los Reyes Católicos*, p. 239.

² Múnzer, *Viaje por España y Portugal* (*Bol. de la Real Acad. de la Hist.*, LXXXIV, 1924, p. 114).

³ *Qalā'id*, pp. 174-175, reprod. en *Analectes*, I, p. 448, según cita de Pérès, *La poésie andalouse*, p. 147.

⁴ Ibn Faḍl Allāh al-ʿUmarī, *Masāliḥ el-absār fī mamāliḥ el-amsār*, L'Afri-



Contornos de Loja (Granada), en la segunda mitad del siglo XVI. (De la obra *Civitates orbis terrarum*.)



Écija (Sevilla) y sus contornos en la segunda mitad del siglo XVI. (De la obra *Civitates orbis terrarum*.)

res de Granada, según Ibn Battūta, que había recorrido numerosos países, desde el Atlántico hasta China, visitante de esta ciudad en el mismo siglo XIV, no tenían par en el Universo; circundábanla por todos lados casas, castillos, jardines, huertas, prados y viñedos. En uno de esos jardines permaneció dos días y una noche en amigable conversación con un cadí y otros notables ¹.

Escribió Ibn al-Jaṭīb (713 = 1313 - 776 = 1374) que ceñían a Granada como si fueran muros, o más bien brazaletes, almunias y granjas reales, en las que había suntuosos aposentos. Fuera de su recinto, dice en la *Iḥāta*, existían un centenar de jardines (*ḡanna*, pl. *ḡannāt* y *ḡinān*), cuyo emplazamiento ignoramos: jardín de la Tumba o del Estanque del valle (?), vega o jardín del Barranco, barranco de Mócbol, jardín llamado Ribera de Hixam, *ḡanna* del Arin, *ḡanna* llamada de Cádah ben Sahnuc... ².

Por doquiera, sigue diciendo el visir granadino, enlazábanse las parras o árboles cargados de pomos y de otras frutas regaladas. Las huertas contiguas producían tantos cereales y hortalizas, que sólo un príncipe pudiera satisfacer sus precios con ricos tesoros. La renta anual de cada huerta ascendía a cincuenta áureos y cada una de ellas rentaba al soberano treinta libras. El campo, cubierto incesantemente de frutos, daba al cultivo carácter de perpetuidad, y sus productos se calculaban en veinticinco mil áureos. El rey poseía suntuosísimas casas de recreo y de incomparable deleite por sus bosques y variedad de plantas y jardines. A doquiera que se dirigía la vista se admiraban torres de hermoso aspecto; las aguas corrían en todas direcciones, utilizadas ya para uso de los baños, ya para impulso de los molinos, cuyos réditos se aplicaban a restaurar los muros de la ciudad ³.

que moins l'Egypte, trad. Gaudefroy - Demombynes (Paris 1927), pp. 226 y 288.

¹ *Voyages d'Ibn Batoutah*, ed. Defreméry y Sanguinetti, IV (Paris 1858), pp. 368-369 y 371.

² *Iḥāta*, I, pp. 24-25; *Analectes*, I, p. 84; Francisco Javier Simonet, *Descripción del reino de Granada* (Madrid 1860). pp. 47 y 53.

³ Ibn al-Jaṭīb, según la versión de don Miguel Lafuente Alcántara, *Historia de Granada*, III (Granada 1845), pp. 115-116.

El viajero egipcio 'Abd al-Bāsīt b. Jalīl b. Sāhūn al-Malaṭī, al llegar a Granada en 870 = 1466, quedó maravillado de los huertos y jardines que la rodeaban y de la abundancia de sus productos. Por una parte — dice — extendíanse los jardines, y por la opuesta, viñedos; vió plantas de vid e higueras de tamaño extraordinario ¹.

Toda aquella riqueza tan ponderada estaba en continuo peligro de destrucción; las *Crónicas* refieren repetidas entradas de los guerreros castellanos por la vega granadina, combatiendo y talando las alcarrias moras, destruyendo panes y huertas y olivares inmediatos a la ciudad ².

Pudiera pensarse que los escritores musulmanes agotaron su crecido caudal de encomios y metáforas al referirse a la ciudad del Darro y el Genil, pero más bien las sobrepasan que ceden en esos aspectos las palabras que dedican a Granada algunos cristianos extranjeros que la visitaron en los años inmediatamente posteriores a 1492, fecha de su conquista por los Reyes Católicos, más entusiastas y ponderativas, si cabe, que las antes reproducidas. El alemán Múnzer conocía las mayores y más bellas ciudades de la Europa central; Anglería, las famosas, por muchos estilos, de Italia. Oigamos sus respectivos testimonios.

Cuando Jerónimo Múnzer visitó Granada, en octubre de 1494, no cumplidos aún los tres años de la conquista, el panorama era aún parecido al de la dominación islámica. En sus alrededores, «al pie de los montes», en un llano «de cerca de una milla, hay infinidad de huertas y alquerías regadas por acequias y habitadas en todo tiempo, cuyo conjunto, visto a cierta distancia, produce el efecto de una ciudad grande y populosa; singularmente al noroeste, en extensión de más de una legua, es incontable el número de casas y huertos, debido a que los moros

¹ G. Levi Della Vida, *Il regno di Granata nel 1465-66 nei ricordi di un viaggiatore egiziano* (AL-ANDALUS, I, 1933, p. 322).

² *Crónica de don Alvaro de Luna*, edic. y est. por Juan de Mata Carriazo (Madrid 1940), pp. 124-125 y 131; *Crónica de los Reyes Católicos*, por Pulgar, II, p. 237.

son amantísimos de la horticultura y en extremo ingeniosos, tanto en las plantaciones como en las artes del riego» ¹.

En el primer cuarto del siglo XVI, el humanista italiano Pedro Mártir de Anglería (1457 – 1526) escribió en una de sus epístolas tal vez el más cumplido elogio que se ha hecho del emplazamiento y de los contornos de Granada. «¿Qué comarca hay como ésta con tan bellos paseos para solaz y deleite del ánimo cansado de cuidados y fatigas? La admirable Venecia está cercada del mar por todas partes; a la rica Milán sólo le cupo en suerte una llanura; Florencia, cercada de altas sierras, tiene que sufrir todos los horrores del invierno, y Roma, oprimida por las exhalaciones de las lagunas del Tíber, y constantemente visitada por los vientos del sur, que le traen los pestilentes miasmas de Africa, deja que lleguen pocos a una larga vejez, y hace sufrir en verano un calor que fatiga a los habitantes y los incapacita para todo. En cambio, en Granada, merced al Darro, que atraviesa la ciudad, el ambiente es puro y salubre. Granada goza a la vez de montañas y de una extensa llanura; puede jactarse de una cosecha perpetua, resplandece con cedros y con pomas doradas de todo género; tiene amenísimos huertos, y compiten sus jardines con el de las Hespérides. Las cercanas montañas se extienden en torno en gallardas colinas y suaves eminencias, cubiertas de olorosos arbustos, de bosquecillos de arrayán y de viñedos. Todo el país, en suma, por su gala y lozanía, y por su abundancia de aguas, semeja los Campos Elíseos. Yo mismo he probado cuánto estos arroyos cristalinos, que corren por entre frondosos olivares y fértiles huertas, refrigeran el espíritu cansado y engendran nuevo aliento de vida» ².

Navajero no es menos entusiasta en su descripción de los contornos de Granada: tanto «los collados como el valle que llaman la Vega, todo es bello, todo apacible a maravilla y tan abundante de agua que no puede serlo más, y lleno de árboles

¹ Münzer, *Viaje por España y Portugal* (Bol. de la Real Acad. de la Historia, LXXXIV, p. 93).

² *Opus epistolar. Petri Martyris* (Amsterdam 1670), p. 54, 1ª edición en Alcalá, en 1530; trad. de Valera en Schack, *Poesía y arte de los árabes en España y Sicilia*, III, 3ª edic., pp. 170-172.

frutales, ciruelos de todas clases, melocotones, higos, ... albéchigos, albaricoques, guindos y otros, que apenas dejan ver el cielo con sus frondosas ramas... Además de los árboles dichos, hay tantos granados y tan hermosos, que no pueden serlo más, y uvas singulares de muchas clases... y no faltan olivares tan espesos que parecen bosques de encinas. Por todas partes se ven en los alrededores de Granada, así en las colinas como en el llano, tantas casas de moriscos, aunque muchas están ocultas entre los árboles de los jardines, que juntas formarían otra ciudad tan grande como Granada; verdad es que son pequeñas, pero todas tienen agua y rosas, mosquetas y arrayanes, y son muy apacibles» ¹.

Contornos de tan gran belleza y lozanía eran obra de las aguas del Darro, del Genil y de la fuente de Alfacar que, canalizadas y repartidas en numerosas acequias, permitieron transformar en deliciosos vergeles lugares que sin riego hubieran tenido tan sólo una pobre vegetación esteparia. A Muḥammad ibn al-Aḥmar (635 = 1237 - 1238 a 671 = 1273), el fundador de la dinastía nazarí, atribúyese la construcción de la acequia Real. Al agua que por su cauce sinuoso circula desde entonces, se deben la Alhambra y el Generalife. Antes de que llegara a ellas, es decir, antes del siglo XIII, las colinas en las que se asientan serían cerros desnudos y resecos, cubiertos de matorral, verdes tan sólo en la breve primavera meridional, como lo son hoy — ya veremos que no lo fueron antes — los que bordean el curso del Darro, aguas arriba de Granada.

En los últimos tiempos nazaríes y en los que siguieron inmediatamente a la conquista, los contornos de Granada, entrevistos a través de estrofas de poetas y relatos de cronistas y viajeros, dibújanse con líneas más precisas que en los repetidos lauros anteriores. Pueden darse algunos nombres y fijar el emplazamiento de varias almunias y jardines de los que formaban la verde cintura alrededor de la ciudad, y de unos pocos de los palacios, casas y torres cuyos muros, blancos de cal, enjalbegados, asomaban entre las frondas. Según esos datos, agrupábanse en varios núcleos: en la colina donde está hoy la finca de Los

¹ *Viajes por España*, por Fabié, pp. 295-296.

Mártires; en el Realejo, entre el barrio actual de la Antequeruela y el Genil; por encima de la Alhambra y del Generalife; aguas arriba del Darro antes de entrar en Granada, en las laderas de los cerros que bordean su cauce; en la falda occidental de la sierra por la que se prolonga hacia norte la colina en la que está el Albaicín. No hay apenas noticias concretas de la parte llana, a poniente de Granada, por la que se dilataba la vega, pero su facilidad de riego permite asegurar que el anillo de frondas y casitas intermedias no se interrumpía en esos lugares. En ellos se citan en el siglo XV los molinos de Jaranbí, cerca de la puerta de Bibarrambla, quebrados por el Rey Católico en 1484 en una de sus entradas por la vega de Granada ¹. Veamos si es posible reconstruir algunas de las cuentas del brillante collar que rodeaba la ciudad, las mejores de las cuales eran del patrimonio real.

Al sur, fuera del recinto antiguo, al otro lado del muro que bajaba desde Torres Bermejas a Bibataubin (*Bāb al-Ṭawwābīn*) en el interior de otro recinto levantado, al parecer, a fines del siglo XIII, había floridos jardines y huertas, cuya belleza ponderan escritores musulmanes y cristianos: la de Ṭsām; las de al-Manṣūra mayor y menor; las de al-Fajjārīn, en el arrabal así llamado, inmediato a la puerta de igual nombre ². La al-Manṣūra mayor era a fines del siglo XV de la reina Horra, madre de Boabdil, y lindaba a oriente con la calle pública del arrabal de Bāb al-Fajjārīn y a occidente con el muro de la ciudad; a mediodía, con otra huerta propiedad de la reina mujer de Boabdil y con la puerta y calle de Bibalachar, y norte con la al-Manṣūra menor. Los linderos de ésta eran: a sur con la al-Manṣūra mayor; a occidente con la huerta de la mujer de Boabdil, que estaba en la ribera del Genil, y a oriente con muchas casas y vergeles ³. Las tres huertas abarcaban, pues, desde la calle del arra-

¹ Pulgar, *Crónica de los Reyes Católicos*, II, p. 125.

² Hoy se llama el lugar de estas huertas el Realejo, sin duda por haber sido propiedad real. Mármol dice que estaban en la loma y campo de Abulnest, «donde llaman agora campo del Príncipe», y que en ellos pasaban los reyes los veranos.

³ Constan los linderos de estas huertas en la cédula que en 5 de abril de 1492

bal de Bāb al-Fajjārīn, hoy Realejo y calle de Santiago, hasta la Carrera del Genil, y desde la puerta de Bibalachar hasta el castillo de Bibataubin ¹.

Más abajo, en la orilla derecha del Genil, extramuros, estaría la alameda de Mu'ammal (Ḥawr Mu'ammal), plantada en los últimos años del siglo XI, bajo el dominio almorávide, por un antiguo liberto de Bādīs de ese nombre (m. en 492 = 1099), cuando era intendente de las propiedades confiscadas a los zīries en provecho de los monarcas africanos. El literato granadino Abū Ya'far Aḥmad b. 'Abd al-Malik ibn Sa'īd (m. 559 = 1163), nombra en sus versos a esa alameda, evocando un atardecer pasado libremente en ella, mientras «cantaba la tórtola en el bosque y se curvaban las ramas del arrayán sobre el arroyo», en compañía de su amante, la poetisa Ḥafsa bint al-Ḥāyḡ al-Rakūnī. Entonces la alameda era muy frecuentada por ociosos y enamorados. Conservaba el mismo nombre en el siglo XIV, pues la cita Ibn al-Jatīb.

La citada poesía de Abū Ya'far alude al perfume de las auras procedentes del Na'yd, que difundían el aroma del clavo. Dice al-Mallāhī (*Al-Ḥulal al-mawšiyya*, p. 136), que el califa almohade 'Abd al-Wāḥid, llamado al-Majlū' (620 = 621 = 1224), construyó en el Na'yd un castillo y un edificio llamado la Casa blanca — Dār al-bayḡā'. — Por los mismos años al-Šaqundī (m. en 629 = 1231 = 1232), al elogiar a Granada, pondera el céfiro de su Na'yd y el bello panorama de su Ḥawr, que encantaban ojos y corazones, sutilizando las almas ². El Na'yd era en el siglo XIV un arrabal (*rabad*) de Granada, situado en una colina inmediata a la de la Sabika de la Alhambra, entre ésta y el

dieron los Reyes Católicos a Fr. Tomás de Torquemada cediéndolas—pasaron a poder real por compra — para la fundación de un monasterio de la orden de Predicadores — Santa Cruz la Real, Santo Domingo — (*Los alquezares de Santa Fe*, por Miguel Garrido Atienza [Granada 1895], pp. 60-61); *Colec. de doc. inéditos para la Hist. de España*, XI (Madrid 1847), pp. 543-544. La cesión de la Almanjarra mayor — que así se transcribió su nombre árabe — fué con la casa que en ella había, es decir, con el Cuarto real. La Almanjarra menor fué del alcaide Monfarra.

¹ Manuel Gómez Moreno, *Guía de Granada* (Granada 1892), p. 215.

² Al-Šaqundī, *Elogio del Islam español*, pp. 108-109.

valle del Genil ¹; había en él numerosos pabellones y jardines y en su parte alta se levantaba la *zāwiya* del Liyām (de la Brida) ². Tal vez sustituyó a ésta después de la conquista la ermita de los Mártires, convento más tarde. Entonces, en los últimos años del siglo XV y primeros del XVI, no se cita ya el arrabal Naýd, pero su recuerdo perduraba en la última puerta del recinto añadido al de Granada en el siglo XIII, que llamaban Bibnexde y Bibnest y, perdido el nombre arábigo, se siguió nombrando de los Molinos o de Güéjar. Al cerro de los Mártires conocíasele poco después de 1492, por cerro de Alhabul o de Habul; las más antiguas descripciones cristianas se refieren tan sólo a la existencia de mazmorras en él; ignoran el arrabal de Naýd, pero citan en cambio el barrio de la Antequeruela. Entre éste y los Mártires estaría, pues, situado el primero.

Pasado el puente del Genil, en su orilla izquierda, se levantaba el Alcázar Genil, amplia finca real con pabellones suntuosos

¹ Ibn al-Jaṭib, *Iḥāta*, edic. del Cairo, I, pp. 24-26; al Maqqarī, *Analectes*, I, pp. 84, 310 y 649; II, pp. 147, 345, 348 y 543, según citas de: E. Lévi-Provençal, *Les «Mémoires» de 'Abd Allāh* (AL-ANDALUS, III, 1935, p. 257); Emilio García Gómez, *El libro de las banderas de los campeones de Ibn Sa'īd al-Magribī* (Madrid 1942), pp. 212-213, y Louis di Giacomo, *Une poétesse grenadine du temps des Almohades: Ḥaṣṣa bint al-Ḥājj ar-Rukūniya* (*Hespéris*, XXXIV, 1947, pp. 48-49). Había Sabika alta y baja (Carta de Abulcacin el Muleh a Fernando de Zafra, en *Las capitulaciones para la entrega de Granada*, por Miguel Garri-do Atienza [Granada 1910], p. 249).

² Ibn Baṭṭūṭa — *Voyages*, IV, p. 373 — dice que el arrabal del Naýd estaba situado fuera de Granada e inmediato a la montaña de la Sabika; según al-'Umārī — *Masālik*, pp. 228 y 233 — su emplazamiento era cercano al Genil. La palabra árabe *naýd* significa meseta, lugar alto. Por antonomasia designa la región de estepas elevadas del centro de la Península arábiga, en contraste con las del litoral (Nedjd o Nedjed en las cartas geográficas) (Giacomo, *Une poétesse grenadine*, *Hespéris*, XXXIV, p. 48, n.º (109), y p. 49, nos (113) y (114). Lévi-Provençal cree que este arrabal del Naýd se extendía a oriente de la colina de la Alhambra, enfrente del barrio del Albaicín, del que tan sólo le separaba el cauce del Darro, pues Ibn al-Jaṭib, en la *Iḥāta*, I, p. 139, se refiere a un individuo, muerto en 1307 = 707, y enterrado en el cementerio de los extranjeros — *maḵbarat al-ghurabā'* —, en el arrabal del Albaicín, «a la orilla del Darro y enfrente del Naýd» (E. Lévi-Provençal, *Le voyage d'Ibn Baṭṭūṭa dans le royaume de Grenade* (1350), ap. *Mélanges William Marçais* [París 1950], p. 221).

y grandes albercas. Hasta él llegaron por dos veces en el transcurso del siglo XV las oleadas de los guerreros castellanos en sus correrías por la vega: en 1431, en expedición en la que tomaron parte don Juan II y don Alvaro de Luna, y en 1462, mandados por el condestable don Miguel Lucas de Iranzo ¹.

Próximas estaban las huertas de los monarcas nazaríes, citadas en documentos poco posteriores a la reconquista, algunas de las cuales pasaron a propiedad de los Reyes Católicos: Genin Alfaraz o Alfariz, la primera del pago o haza de Darahudeyl; Genin Alcadí y Genin Aljat o Algar, las tres regadas con la acequia mayor de Armilla; Genin Aljof; Genin Cidi Mocliz; Genin Cidi Hamet; Dar-algazí, «que es una muy buena heredad y la mejor que hay en toda la vega» ². También fué de los monarcas islámicos la huerta y casa del Nublo, en las que luego se fundó el monasterio de San Jerónimo ³.

Por la puerta de Fajalauza o del Collado de los Almendros (*Bāb Faḥṣ al-lawza*), en lo más alto del Albaicín, a la parte del cierzo, se salía para ir a los ponderados cármenes de Ainadamar (*ʿAyn al-damʿ* = Fuente de las lágrimas), situados en la falda occidental de una sierra o colina inmediata. Según Ibn Baṭ-ṭūṭa era *ʿAyn al-damʿ* una montaña cubierta de huertas y jardines; ninguna ciudad poseía otra semejante. Ibn al-Jaṭīb describe el mismo lugar como un monte de suavísimo y templado ambiente, cubierto de vergeles, huertos placenteros, floridos jardines de plantas aromáticas, aguas dulces y copiosas, suntuosos aposentos, numerosos alminares, casas de sólida construcción y otras delicias. Para Navajero «la Cartuja vieja (emplazada en lo que fueron cármenes de Ainadamar) es uno de los sitios más bellos y alegres que pudieran encontrarse; tiene hermosas vistas y es lugar retirado del concurso de la gente, pero muy apacible,

¹ *Crónica del Halconero de Juan II*, edic. Carriazo, capits. XC-XCIII, pp. 104-107; *Hechos del condestable don Miguel Lucas de Iranzo*, edic. y est. por Juan de Mata Carriazo (Madrid 1946), p. 93.

² *Col. de docs. inéditos para la Historia de España*, VIII (Madrid 1846), pp. 460-461; XI, pp. 543-544; Garrido Atienza, *Los Alquezares de Santa Fe*, pp. 10, 56 y 58.

³ Gómez Moreno, *Guía de Granada*, p. 362.

verde, lleno de fuentes y de arrayanes. Toda aquella parte que está más allá de Granada es bellísima, llena de alquerías y jardines con sus fuentes y huertos y bosques, y en algunas las fuentes son grandes y hermosas; y aunque estos sobrepujan en hermosura a lo demás, no se diferencian mucho los otros alrededores de Granada» ¹. En el siglo XVI escribía Mármol que en los cármenes y jardines de Ainadamar «los regalados ciudadanos, en tiempo que la ciudad era de Moros, iban a tener los tres meses del año, que ellos llaman la Azir, que quiere decir la primavera... Ocupan los cármenes de Ainadamar legua y media por la ladera de la sierra del Albaycín, que mira hacia la vega, y llegan hasta cerca de los muros de la ciudad» ². Regábanse con el agua de la acequia de Alfacar. En lo alto de un cerro, dominando esos cármenes, se elevaba la fortaleza de la Calahorra.

La parte más vieja del cementerio de Sahl ibn Mālik, en las afueras de la puerta de Elvira (*Bāb Ilbira*), estaba plantada de olivos ³.

Antes de atravesar Granada, el Darro, según al-'Umarī, corría entre jardines, campos y viñedos ⁴; en sus orillas crecían alisos, fresnos, nogales y castaños. Pero la más completa descripción de esa parte de su valle hay que buscarla en las páginas de Navajero, escritas en 1526: El Darro «llega [a Granada]... entre bellísimos collados que forman un valle lleno de frutales delicados y tan abundantes que forman un bosque, por el que corre el río murmurando entre muchos y grandes peñascos que hay en algunos sitios del cauce; en los restantes, corre silencioso. Sus riberas son sombrías, altas y cubiertas de verdura y

¹ *Viajes por España*, por Fabié, pp. 295-296.

² *Voyage d'Ibn Batoutah*, IV, pp. 368-369; *Ihāta*, I, pp. 24-25; Luis Mármol Carvajal, *Historia del rebelión y castigo de los moriscos del reino de Granada*, I, segunda impresión (Madrid 1797), cap. X, p. 35. El Grañ Capitán cedió en 1513 dos huertas llamadas del Alcudia de Ainadamar y los Abencerrajes para la fundación de la Cartuja (Gómez Moreno, *Guía de Granada*, p. 344).

³ Münzer, *Viaje por España y Portugal* (*Bol. de la R. Acad. de la Hist.*, LXXXIV, p. 90).

⁴ Al-'Umarī, *Maṣālik*, p. 226.

muy apacibles, pobladas a uno y otro lado de multitud de casas pequeñas con jardinitos en torno medio ocultos entre el bosque de los árboles... El valle por cuyo fondo discurre el río es bello y apacible... los collados que lo forman están cultivados desde su cumbre y tan abundantes en árboles que semejan una selva; a donde no alcanza el cultivo las laderas aparecen cubiertas de arbustos, helechos y otras plantas semejantes» ¹.

En contraste con la abundante vegetación descrita, la colina de la Sabika, en cuya cumbre se erguía la Alhambra, hay que suponerla desnuda, condición obligada por su carácter militar. Pero algo más arriba, el Generalife, compensaba con su gran frondosidad la desnudez del cerro inferior. No logró colmar el deseo de alejamiento y contemplación de vastos panoramas de los señores de Granada, y a mayor altura que sus jardines, encerrados como de costumbre entre muros, levantaron otros alcázares y pabellones. Subióse a ellos el agua para crear huertos y vergeles, llenar albercas y hacerla correr en fuentes y saltar en surtidores por medio de complicados y penosos mecanismos, cuyo sostenimiento exigió esfuerzo y caudales considerables ². Asombra la cuantía de los dedicados a obras suntuarias, como éstas, por un Estado a la defensiva, en disensiones y guerras continuas.

Ignórase si fué en los últimos tiempos del reino granadino, acosado y empobrecido, sin el más pequeño resquicio abierto a la esperanza, o poco después de la Reconquista, cuando se descuidaron las norias y conducciones de agua que penosamente llevaban el agua a esos jardines y palacios, y varios lugares de las cumbres y vertientes de los cerros situados entre el Darro y el Genil tornaron a su primera condición de tierras arenosas y sedientas. El hecho es que en el siglo XVI una serie de albercas y edificios emplazados en lugares altos, por encima del Generalife, a los que llegaba antes el agua, estaban abandonados y ruino-

¹ *Viajes por España*, por Fabié, pp. 290-291. He modificado ligeramente la traducción de éste y de algunos otros de los párrafos transcritos.

² Véase *Dār al-ʿArūsā y las ruinas de palacios y albercas granadinos situados por encima del Generalife*, por L. T. B. (AL-ANDALUS, XIII, 1948, páginas 185-203).

sos, y que la parte oriental de la Alhambra, algo más elevada que el cauce de la acequia Real, había pasado a ser secano ¹.

Igual decadencia alcanzaba entonces a los restantes contornos de la ciudad. Emigraban los moriscos que los cultivaban esmeradamente y los primeros cristianos llegados a Granada eran gentes allegadizas, aventureros sin tradición, aficiones ni conocimientos agrícolas. En 1526 el embajador veneciano Navajero, al repetir una vez más las alabanzas de Granada, melancólicamente dice, en párrafos antes reproducidos, cómo aquella belleza estaba en trance de desaparición.

«Ya casi en el llano que está al pie del monasterio de Santa Cruz, y a orillas del Genil», sitúa Navajero «otros palacios y jardines, que también eran de reyes moros»; aún llegó a ver «algo de ellos en pie, y se conoce que el sitio era muy apacible, quedando aún algunos arrayanes y naranjos... Más abajo, en el llano, y pasado el puente del Genil..., hay otro palacio que aún se conserva en una buena parte (el Alcázar Genil), con hermoso jardín y gran estanque y con muchos arrayanes, el cual se llama el Huerto de la Reina, lugar también muy apacible. De las ruinas de tantos sitios amenos se infiere que los reyes moros no carecían de nada que pudiera contribuir a los placeres y a la vida alegre» ².

Mármol Carvajal registra antes de terminar el siglo XVI el abandono y la ruina de los palacios y jardines situados por encima del Generalife, y se refiere a los caseríos de la vega, habitados por labradores: sin duda los nuevos pobladores, burguesía y gente acomodada, no tenían por el campo la afición que sus predecesores musulmanes ³. «El sitio de la ciudad de Granada

¹ Aún lo era no hace más de veinticinco años; hoy el agua llega a sus últimos rincones y están llenas las viejas albercas, aparecidas bajo montones de escombros, en las que se reflejaron antaño los arcos festoneados de los patios de casas y palacios.

² Fabié, *Viajes por España*, pp. 286-287.

³ «Yten que todos los naturales y labradores de las alquerías desta cibdad que en las alquerías tienen casas, se vaya a beuir a ellas y las casas que en la cibdad tovierén las vendan a cristianos» (*Las capitulaciones para la entrega de Granada*, por Garrido Atienza, p. 142). Esas palabras de un documento del Archivo de la

— escribe Mármol — como se ve el día de hoy, es maravilloso y harto más fuerte de lo que desde fuera parece, porque está puesta en unos cerros muy altos..., y ocupando los valles que hay entre ellos, se extiende largamente por un espacioso llano a la parte de poniente, donde está una hermosísima vega llana y cuadrada, llena de muchas arboledas y frescuras, entre las cuales hay muchas alcarias pobladas de labradores y gentes del campo, que todas ellas se descubren desde las casas de la ciudad». Desde éstas la vista seguía siendo «jocunda y muy deleitosa en todo tiempo del año. Si miran a la vega, se ven tantas arboledas y frescuras, y tantos lugares metidos entre ellas, que es contento; si a los cerros, lo mismo; y si a la sierra, no da menor recreación verla tan cerca, y tan cargada de nieve la mayor parte del año, que parece estar cubierta con una sábana de lienzo muy blanca». «Fuera de la ciudad, a la parte de la vega, hay grandes huertas y arboledas que se riegan con el agua de las acequias». Las salidas «hacia la parte de la vega son llanas y muy deleitosas de arboledas, y las que responden a la parte de la sierra no con menor recreación, se sale por ellas entre cármenes y huertas de muchas frescuras, especialmente saliendo por la puerta del Albaicín, que llaman Fex el leuz, donde están los cármenes de Aynadamar, y por la ribera del río Darro arriba»¹.

Debemos al clérigo don Luis de la Cueva, cuyos *Diálogos* se editaron en Sevilla en 1603, la interesante noticia, que confirma las palabras de Navajero, de que antes «del alzamiento (de los moriscos, en 1569) estaban los montes [próximos a Granada] con sus laderas cubiertos de árboles que apenas se vía el suelo»².

Casa de Zafra sobre el apartamiento y separación de moros y cristianos, redactado poco después de la conquista de Granada, comprueban que sus vecinos tenían fincas en sus contornos, a las que antes se dijo iban a pasar temporadas.

¹ *Historia del rebelión y castigo de los moriscos del reyno de Granada*, por Mármol Carvajal, I, segunda impresión, cap. V, p. 17; cap. VII, pp. 27-29; cap. IX, p. 31; cap. X, pp. 35-36. La primera impresión, en Málaga 1600; el privilegio para ella es de 1599, pero obtuvo otro anterior en 1580.

² *Diálogos de las cosas notables de Granada*, por el licenciado Luys de la Cueva (Sevilla 1603), p. Aiiiii.

Hoy, los lugares altos por encima de la Alhambra y del Generalife, *Dār al-ʿarūsa* y los Alijares, siguen abandonados y sedientos, lo mismo que *Dār al-wīd*, cerca del Genil. De las huertas del Realejo quedan menguados restos; desaparecieron totalmente los jardines del Alcázar Genil, cuyas albercas llenan tierras y escombros; como recuerdo de los ponderados cármenes de Ainadamar tan sólo se encuentran fragmentos de vasijas árabes esparcidos por sus solares y varias albercas destrozadas, y las laderas de los cerros que bordean el Darro antes de llegar a Granada, excepto la arboleda del Sacromonte, y pocos lugares más, son amarillentas tierras de secano. A tantos lugares florecientes hace quinientos años, no llega hoy el agua, que llevada con medios primitivos y esfuerzo grande les prestó entonces admirable frondosidad ¹.

Otras ciudades. — Rodeada de huertas y jardines describe el Idrīsī a Zaragoza; en Daroca dice que había muchos jardines y viñedos ². Al-Ḥimyarī escribió que el agua del Jalón se utilizaba en Ricla para el riego de los jardines próximos; Fraga estaba rodeada de abundantes jardines, sin paralelo posible; cercaban por todos lados a Huesca, de fértil suelo, jardines y huertas frondosas de árboles frutales, regados con el agua del río que atravesaba la parte central de la ciudad ³; al oeste de Guadalajara, bordeaban las orillas de su riachuelo jardines, huertas, viñas y variadas plantaciones ⁴.

«¡Qué admirables son los altos árboles que rodean Badajoz! Tu hermoso río atraviesa el valle semejante a una hendidura en una capa rayada», cantaba el visir Abū ʿAmr Ibn al-Fallās. En

¹ Visión optimista de los alrededores de Granada poco antes de mediar el siglo XIX es la de M. Lafuente Alcántara, en *El Libro del viajero en Granada* (Granada 1843), pp. 19, 21, 25, 26 y 28.

² *Idrīsī*, edic. Dozy y de Goeje, pp. 189 y 190 del texto árabe y 230 de la trad. francesa.

³ Lévi-Provençal, *La Péninsule ibérique*, pp. 24, 78 y 195 del texto árabe, y 31, 98 y 236 de la trad. francesa.

⁴ *Idrīsī*, edic. Dozy y de Goeje, p. 189 del texto árabe y 229 de la trad. francesa.

sus alrededores, el soberano al-Mutawakkil construyó una almunia llamada al-Badī^c, a la que iba con sus familiares a banquetear alegremente o a descansar entre árboles y flores ¹.

Jardines y huertos había en los contornos de Silves; los abundantes de Santarem producían frutos y legumbres de todas clases ².

Poseía Écija huertas y jardines frondosos y cercados de hermosa vegetación. Rodeaban a Hornachuelos viñas y huertas en gran cantidad, y a Jerez viñas, en unión de olivos e higueras. Por ambas orillas del río de la Miel, de Algeciras — *Wādī al-ʿasal* — se extendían jardines y huertas ³. Viñas, huertas y arboledas circundaban Loja ⁴.

De otra ciudad levantina, Játiva, existe un testimonio cristiano en el que se dibujan claramente sus contornos. Jaime I cuenta en su *Crónica* la maravillosa impresión que le produjo a la caída de la tarde la ciudad y su huerta, contempladas por primera vez desde un collado próximo al castillo: «Vimos la huerta más bella que jamás habíamos contemplado, con más de doscientas alquerías en torno, las más hermosas que hallarse pueden, tantas y tan espesas, y el castillo tan noble y la huerta tan bella...» ⁵.

En la misma comarca Idrīsī describe a Burriana, rodeada de árboles y viñas; a Murviedro, que lo estaba de vergeles regados por aguas corrientes; a Alcira, cuyos bellos contornos abundaban en árboles frutales bien regados; a Denia, en medio de campos cultivados, de viñas y de higueras; a Orihuela, alrededor de la cual se sucedían jardines y vergeles que producían frutos en cantidad prodigiosa ⁶.

¹ *Ṣubḥ al-aʿšā*, V, pp. 223-224; *Qalāʾ id*, p. 151; *Analectes*, I, p. 144 y 421, citados por Pérès, *La poésie andalouse*, pp. 149-150.

² *Idrīsī*, edic. Dozy y de Goeje, pp. 180 y 186 del texto árabe y 217 y 226 de la trad. francesa.

³ *Idrīsī*, edic. Dozy y de Goeje, pp. 176 y 205 y 207 del texto árabe, y 212 y 253, 254 y 256 de la trad. francesa.

⁴ Pulgar, *Crónica de los Reyes Católicos*, II, p. 217.

⁵ Jaime I, *Libre dels feyts*, ed. Aguiló, p. 348.

⁶ *Idrīsī*, *Description de l'Afrique et de l'Espagne*, pp. 191, 192 y 193 del texto árabe, y 232, 233, 234-235 de la trad. francesa.

De un jardín murciano la Rawda de Aben-Faraŷ en el arrabal de Sirhān, nos informa Ibn al-Abbār; uno de los personajes por él biografiados, muerto en 1217-1218, recibió sepultura en dicha Rawda ¹. Más expresivas son las palabras de al-Šaqundī: al lado del río de Murcia había «tantos jardines de ramas ondulantes, tantas norias que cantan notas musicales, tantos pájaros gorjeadores y flores alineadas, como habrás oído» ². De los jardines de la vega de Lorca, cruzada por múltiples acequias, tan sólo sabemos que se regaban, además, con norias ³.

Describe Pechina el Idrīsī circundada de huertas, jardines, casas de campo, viñedos y campos cultivados ⁴. Y al-ʿUmarī alude dos siglos más tarde, a la existencia en el mismo lugar de olivos, viñas y grandes jardines que producían abundantes y variados frutos ⁵.

En las inmediaciones de la cercana y casi siempre sedienta Almería, dice un autor islámico que las gentes de elevada condición social poseían casas, llamadas *burij*, a las que se retiraban, terminados sus quehaceres en la ciudad ⁶.

Los jardines que rodeaban a Berja, al sudoeste de Almería, fueron cantados en el siglo XI por un natural de esa ciudad; sin duda su lozanía contrastaría intensamente, lo mismo que en Pechina y Almería, con la aridez de los montes y campos inmediatos ⁷.

En la falda de una montaña, rodeada de jardines, de huertas, de campos, en los que se cultivaba trigo, cebada, habas y toda clase de cereales y legumbres, según Idrīsī, estaba Jaén. Baeza, refiere al-Rāzī, «yace sobre buena vega plantada de muchos

¹ *Takmilat al-Šila*, de Ibn al-Abbār, ed. Codera, *Bib. Ar. Hisp.*, t. V (Madrid 1887), p. 314, n.º 939.

² Al-Šaqundī, *Elogio del Islam español*, p. 115.

³ Lévi-Provençal, *La Péninsule ibérique*, p. 172 del texto árabe y 207 de la trad. francesa.

⁴ *Idrīsī*, edic. Dozy y de Goeje, p. 200 del texto árabe y 245 de la traducción francesa.

⁵ Al-ʿUmarī, *Masālik*, p. 238.

⁶ *Analectes*, II, p. 360, según Pérès, *La poésie andalouse*, p. 144.

⁷ Pérès, *La poésie andalouse*, p. 145.

sus alrededores, el soberano al-Mutawakkil construyó una almunia llamada al-Badī^c, a la que iba con sus familiares a banquetear alegremente o a descansar entre árboles y flores ¹.

Jardines y huertos había en los contornos de Silves; los abundantes de Santarem producían frutos y legumbres de todas clases ².

Poseía Écija huertas y jardines frondosos y cercados de hermosa vegetación. Rodeaban a Hornachuelos viñas y huertas en gran cantidad, y a Jerez viñas, en unión de olivos e higueras. Por ambas orillas del río de la Miel, de Algeciras — *Wādī al-ʿasal* — se extendían jardines y huertas ³. Viñas, huertas y arboledas circundaban Loja ⁴.

De otra ciudad levantina, Játiva, existe un testimonio cristiano en el que se dibujan claramente sus contornos. Jaime I cuenta en su *Crónica* la maravillosa impresión que le produjo a la caída de la tarde la ciudad y su huerta, contempladas por primera vez desde un collado próximo al castillo: «Vimos la huerta más bella que jamás habíamos contemplado, con más de doscientas alquerías en torno, las más hermosas que hallarse pueden, tantas y tan espesas, y el castillo tan noble y la huerta tan bella...» ⁵.

En la misma comarca Idrīsī describe a Burriana, rodeada de árboles y viñas; a Murviedro, que lo estaba de vergeles regados por aguas corrientes; a Alcira, cuyos bellos contornos abundaban en árboles frutales bien regados; a Denia, en medio de campos cultivados, de viñas y de higueras; a Orihuela, alrededor de la cual se sucedían jardines y vergeles que producían frutos en cantidad prodigiosa ⁶.

¹ *Ṣubḥ al-aʿšā*, V, pp. 223-224; *Qalāʾid*, p. 151; *Analectes*, I, p. 144 y 421, citados por Pérès, *La poésie andalouse*, pp. 149-150.

² *Idrīsī*, edic. Dozy y de Goeje, pp. 180 y 186 del texto árabe y 217 y 226 de la trad. francesa.

³ *Idrīsī*, edic. Dozy y de Goeje, pp. 176 y 205 y 207 del texto árabe, y 212 y 253, 254 y 256 de la trad. francesa.

⁴ Pulgar, *Crónica de los Reyes Católicos*, II, p. 217.

⁵ Jaime I, *Libre dels feyts*, ed. Aguiló, p. 348.

⁶ *Idrīsī*, *Description de l'Afrique et de l'Espagne*, pp. 191, 192 y 193 del texto árabe, y 232, 233, 234-235 de la trad. francesa.

De un jardín murciano la Rawḍa de Aben-Faraḡ en el arrabal de Sirḥān, nos informa Ibn al-Abbār; uno de los personajes por él biografiados, muerto en 1217-1218, recibió sepultura en dicha Rawḍa ¹. Más expresivas son las palabras de al-Šaḡundī: al lado del río de Murcia había «tantos jardines de ramas ondulantes, tantas norias que cantan notas musicales, tantos pájaros gorjeadores y flores alineadas, como habrás oído» ². De los jardines de la vega de Lorca, cruzada por múltiples acequias, tan sólo sabemos que se regaban, además, con norias ³.

Describe Pechina el Idrīsī circundada de huertas, jardines, casas de campo, viñedos y campos cultivados ⁴. Y al-ʿUmarī alude dos siglos más tarde, a la existencia en el mismo lugar de olivos, viñas y grandes jardines que producían abundantes y variados frutos ⁵.

En las inmediaciones de la cercana y casi siempre sedienta Almería, dice un autor islámico que las gentes de elevada condición social poseían casas, llamadas *burġ*, a las que se retiraban, terminados sus quehaceres en la ciudad ⁶.

Los jardines que rodeaban a Berja, al sudoeste de Almería, fueron cantados en el siglo XI por un natural de esa ciudad; sin duda su lozanía contrastaría intensamente, lo mismo que en Pechina y Almería, con la aridez de los montes y campos inmediatos ⁷.

En la falda de una montaña, rodeada de jardines, de huertas, de campos, en los que se cultivaba trigo, cebada, habas y toda clase de cereales y legumbres, según Idrīsī, estaba Jaén. Baeza, refiere al-Rāzī, «yace sobre buena vega plantada de muchos

¹ *Taḡmilat al-Šila*, de Ibn al-Abbār, ed. Codera, *Bib. Ar. Hisp.*, t. V (Madrid 1887), p. 314, n.º 939.

² Al-Šaḡundī, *Elogio del Islam español*, p. 115.

³ Lévi-Provençal, *La Péninsule ibérique*, p. 172 del texto árabe y 207 de la trad. francesa.

⁴ *Idrīsī*, edic. Dozy y de Goeje, p. 200 del texto árabe y 245 de la traducción francesa.

⁵ Al-ʿUmarī, *Masālik*, p. 238.

⁶ *Analectes*, II, p. 360, según Pérès, *La poésie andalouse*, p. 144.

⁷ Pérès, *La poésie andalouse*, p. 145.

buenos árboles» ¹. Hasta en lo alto del cerro, pedregoso y sediento, en el que se extingue Medinaceli, había en el siglo XI un jardín suspendido, cerca del río (*sic*) y frente al palacio ².

LEOPOLDO TORRES BALBÁS.